

ZARAZA PARA LA BANDA ORIENTAL

(Visite à la terre empourprée)

Viñeta de la vida en el Uruguay en 1877,  
en tres actos, divididos en siete cuadros  
y cinco “intermezze”, original de

ARTURO DESPOUEY

Personajes (por orden de aparición en escena)

LOUIS TREDJEU

FERNANDO

CATERINA FOGLIANI

NICETO

BRENDA ROJAS

DON PRUDENCIO – CLARA

PANCHO EL PUESTERO

COMANDANTE ARRAIZ

SARGENTO ORDÓÑEZ

GUMERSINDA

UNA VOZ

CUCHO

TATO

SOLDADO – BAILARINES DE VARSOVIANA

\* \* \*

Copyright, 1962-63, by Arturo Despouey

La acción de la obra se desarrolla en el término de diez días, en Montevideo y en una estancia del interior, en el departamento de Río Negro.

Acto I

CUADRO I

*Un dormitorio en el "Hotel Pyramides" de Montevideo, habitación que revienta de pesados muebles victorianos, plantas de palma y carpetas y cortinados de pana roja, así como de tiras de papel engomado colgadas del techo para atrapar las abundantes moscas.*

*En foro hay una cama doble con mosquitero, entre dos ventanas. A la izquierda, junto al proscenio, una puerta que da al corredor del hotel, y junto a ella una cómoda de caoba sobre la que descansan una palangana y una jarra de loza blancas.*

*Al levantarse el telón LOUIS TREDJEU se está secando las manos. FERNANDO, bandeja en mano, llama a la puerta. En camiseta de lana de manga larga y pantalones sujetos por una corbata a guisa de cinturón, LOUIS le abre.*

FERNANDO

¡Ay, perdón! ¡Está desnudo!

LOUIS

(*riendo*) ¡Bah! Entre hombres ¿qué tiene?

FERNANDO

(*ruborizándose*) Mejor vuelvo dentro de un momento ¿no?

LOUIS

¿Por qué? Ya sos un mozo. Y en edad de hacer el servicio militar, si no me equivoco.

FERNANDO

¡Shh! No lo diga tan fuerte.

LOUIS

(*vuelve a reír*) Entonces he dado en el clavo. Edad de dejar esos melindres a un lado. (*Señalando con la cabeza la mesa redonda*) Adelante. Podés dejar la bandeja ahí. (*Con leve ironía*) ¡Entrá, entrá, que me pondré una camisa para cubrir las vergüenzas! (*Mientras sigue hablando, así lo hace*)

FERNANDO

Quisiera poder hablar alguna vez en la vida con esa seguridad que Ud. tiene, mesié.

LOUIS

¡Bah! Ese es un aire que les dan a los europeos los siglos de guerra. Nada más que un aire. La seguridad es otra cosa... y a lo mejor se encuentra aquí en el Uruguay.

FERNANDO

¿Aquí? (*Bajando automáticamente la voz*) ¿Con este gobierno y con esta policía? ¿Quién le dijo de venir a buscarla aquí?

LOUIS

¡Oh! un inglés que anduvo por estos pagos después de la Guerra Grande. Un tal Hudson, que vi en Londres hace un tiempo.

*Se sienta, parte un pan y unta un trozo de éste con mantequilla.*

FERNANDO

¿Y hablaba de seguridad? ¿Aquí?

LOUIS

Sí, aunque se llama “tierra purpúrea” a la Banda Oriental.

FERNANDO

(*echándole café en la taza*) ¿Y qué es eso?

LOUIS

Color púrpura. Violeta. (*Mirando la taza*) Está bien, gracias.

FERNANDO

Sería un poeta. Aquí la tierra es marrón, como en todas partes.

LOUIS

¿Y si está cubierta de sangre? La sangre es púrpura cuando se seca.

FERNANDO

(*persignándose*) ¡Jesús, María y José!

LOUIS

Así la vio ese inglés. Pero la sangre no le ha impedido recordar siempre y querer a la gente de este país.

FERNANDO

Me va a perdonar, mesié, pero un inglés, o un hijo o nieto de inglés, no tiene corazón más que para los suyos. Podrá nacer aquí, pero el hogar, la patria, para él siempre están lejos, en Londres.

LOUIS

¿Quién te lo ha dicho?

FERNANDO

Y... cosas que uno oye por ahí. (*LOUIS se sirve una segunda taza de café*)

LOUIS

Bueno. No quiero entretenerme aquí si tenés que hacer en otros cuartos.

FERNANDO

Ya le entiendo la indirecta. Pero antes de irme... quería hacerle una pregunta, una pregunta sola, si me perdona el atrevimiento.

LOUIS

Tu dirás.

FERNANDO

Ud... ¿Ud. vio trabajar a Sarah Bernhardt?

LOUIS

Un par de veces.

FERNANDO

(*abriendo desmesuradamente los ojos*) ¿De verdad?

LOUIS

¡De verdad! (*Ríe*)

FERNANDO

¡Qué hombre de suerte! Yo daría cinco años de vida por verla una sola vez.

LOUIS

¿Por qué?

FERNANDO

No sé. ¡Todo el mundo habla de ella! Dicen que la llaman “la divina” ¿es cierto?

LOUIS

Están locos. Es un saco de huesos ¿sabés?

FERNANDO

Entonces, será divina por lo que siente, por lo que expresa. Digo yo.

LOUIS

¡Miralo al mocoso con qué frases me sale!

FERNANDO

Y... son cosas que uno oye decir ¿sabe?

LOUIS

¿En qué quedamos: son cosas que oís decir o que decís vos? (*Mirándolo con una sonrisa de simpatía*) No se sabe.

FERNANDO

Pero ella trabaja en París. ¡París, el faro del mundo! ¡Ah, yo daría diez años más de vida por ver París!

LOUIS

Como sigas así, te vas a caer muerto de un momento al otro.

FERNANDO

Cuénteme, mesié, dígame en qué la vio.

LOUIS

La primera vez tuvo un vómito de sangre en un entreacto. La condenada chillaba en tal forma que se le debe haber roto alguna vena.

FERNANDO

¡Jesús!

LOUIS

Y la segunda y última vez, se desmayó en escena haciendo “Athalie”.

FERNANDO

(*sacudiendo la cabeza como ante una catástrofe inevitable*) Un genio.

LOUIS  
¿Cómo un genio? ¡Una anormal!

FERNANDO  
Alguien que se mata así por expresarse es un genio.

LOUIS  
(*con una sonrisa irónica*) Es posible. Yo, por mi parte, he oído decir que... (*tomándole una mano*) un mozo de hotel, que limpia pisos y friega platos, no tiene estas manos de seda.

FERNANDO  
(*bruscamente*) ¡Suelte! ¡Suelte! (*Se desase*)

LOUIS  
Ni sabe quién está de moda en Europa, ni le interesa.

FERNANDO  
¡Mesié, no me venda! ¡Por favor no me venda! El dueño del hotel arriesga mucho dejándome esconder aquí. Es hasta esta noche no más. Esta noche zarpa un barco para Buenos Aires, y ahí, si Dios quiera, me escaparé yo.

LOUIS  
Ajá. Desde que te vi me pareció que aquí había gato encerrado.

FERNANDO  
¡No me venda! Si mi vieja sabe que los milicos me echaron la zarpa encima, se me muere de un síncope la pobrecita.

LOUIS  
¿Pero qué fechorías has hecho?

FERNANDO  
¿Fechoría? ¡Mesié! ¿Me ve cara de malhechor?

LOUIS  
No, pero si se piensa en lo que hicieron los ángeles al bajar a este mundo...

FERNANDO  
(*bajando la voz*) Por lo visto, Ud. no sabe quién es Latorre.

LOUIS  
¡El gobernador!

FERNANDO

El gobernador *provisional*. Todos los que agarran provisionalmente el poder se quedan con él treinta o cuarenta años por lo menos.

LOUIS

Otra cosa que habrás oído decir.

FERNANDO

Sí, señor. Pero ésta siempre, siempre, ¡desde que tengo memoria! Mi tata los odió toda la vida, y a éste que tenemos metido entre los riñones del país como a una hoja de fierro, más que todos.

LOUIS

¿Lo *odió*, decís? ¿Es que no vive tu viejo?

FERNANDO

¡Qué sé yo! Lo más probable es que esté muerto. El pobre desapareció una noche a los dos meses de haber tomado el poder este milico, y van ya para dos años de gobierno “provisional”.

LOUIS

¡Habrá huido!

FERNANDO

Eso se dijo también de otros. Después se encontraron los cadáveres. ¡Huir, huir de verdad, quiero yo!

LOUIS

¿Por qué? ¡Hay que luchar! ¿No le llaman a este país “la tierra de los libres”?

FERNANDO

¡No me embrome! ¿Con qué va a luchar contra sus fusiles y sus cañones?

LOUIS

Con lo que sea. Cuando suena la hora de la desesperación, con lo que sea.

FERNANDO

El lunes yo cumplo la edad de la conscripción. El gato encerrado, mesié, es el Ejército, que espera para saltarme encima.

LOUIS

¿Pero qué te pueden hacer? Más que medidas de disciplina o castigos duros...

FERNANDO

Más que eso... nada. Pero ellos le llaman disciplina a darle a uno ochenta, cien, ciento veinte lonjazos a la menor infracción, hasta que queda seco mordiendo el polvo.

LOUIS

¿Aquí, en el Uruguay? ¡No es posible! *(Pausa)* ¡Además, el Ejército no vendrá a buscarte a este hotel!

FERNANDO

Eso esperamos... con el Jesús en la boca.

LOUIS

Ánimo, muchacho.

FERNANDO

Yo sé que esto no durará toda la vida. Un día se podrá volver a andar por estas calles con la frente alta.

*Hay un ruido de nudillos en la puerta. FERNANDO tiene un sobresalto.*

LOUIS

*(en voz baja)* ¡Vamos, firme! ¿Es esa la cara que pensás darle a la adversidad?

FERNANDO

*(id.)* Mire, mesié, no me venga con frases, que aquí el que se juega el pellejo soy yo.

*Mientras LOUIS abre la puerta, FERNANDO pone apresuradamente taza y cafetera en la bandeja y, bajando la cabeza y sin decir nada, sale como una exhalación mientras CATERINA, no menos rápidamente, se introduce en el cuarto. Está vestida con un traje de viaje a cuadros verdes y azules, con capita bordeada de piel, atuendo que lleva como si fuera un manto real. La mirada inquieta, con una inquietud poco común en una mujer de su edad, parecería decir que la intrusa vive bajo el influjo de una emoción muy fuerte.*

*Un ligero acento italiano da la gracia de un chista a las cosas – siempre serias – que parece dictarle su fantasía o un sentido muy particular de la realidad, que funciona para ella sola.*

LOUIS

(*inclinándose*) Señora... ¿Deseaba?

CATERINA

Pasar un rato con Ud. en esta habitación.

LOUIS

¿A estas horas? En París esos entretenimientos ocurren generalmente entre las cinco y las siete de la tarde, si no me equivoco.

CATERINA

No sea insolente. Yo no he dicho “pasar un buen rato”. Además, sé muy bien lo que se hace y lo que se deja de hacer en París.

LOUIS

Entonces, Ud. dirá...

CATERINA

Necesito la ayuda de un caballero. Al verlo llegar anoche y saber que era francés, me decidí por Ud.

LOUIS

¿Por qué un francés? Mis compatriotas han hecho un arte refinado de faltar el respeto a las damas.

CATERINA

Paparruchas. Mitos. Donde se habla tanto de hacer el amor, se acciona poco. *Mis* compatriotas... los italianos... te respetan siempre a una mujer, pero aun respetándola ¡hay que ver cómo te la dejan!

LOUIS

(*riendo*) ¿Es en Italia donde la he visto, entonces, hace poco?

CATERINA

¡Qué más quisiera yo! Hace quince años ya que estoy perdida pa'l mundo, enterrada aquí n'el medio'el campo, entre gauchos salvajes.

LOUIS

Salvajes, no, perdone. Yo me crié en este país.

CATERINA

Y ahora vuelve de Francia a vender zaraza por el campo, allá por donde el diablo perdió el poncho. ¡Todo un heredero, con toda una fábrica a su disposición!

(*LOUIS la mira con sorpresa*) No me mire así: antes de meterme aquí hice toda clase de averiguaciones sobre Ud. Es lo natural. (*Pausa. Lo mira fijamente*) ¡Ponerse a vender zaraza! Ud. ha perdido la chaveta. Es una lástima, porque de figura está bastante pasable.

LOUIS

(*inclinándose*) Gracias, señora. Pero el que haya perdido la chaveta no es razón suficiente para que Ud. se meta aquí en mi habitación, de modo que si no me da otra, le tendré que pedir que se retire.

CATERINA

De aquí no me saca Ud. ni atada, por lo menos hasta que pase el peligro.

LOUIS

¿Qué peligro?

CATERINA

¡Qué peligro, pregunta! Si no lo sabe ahora. Ya lo sabrá dentro'e unos días.

LOUIS

(*midéndola con la mirada*) ¿En el campo? Vengo en busca de tranquilidad, y sé que aquí en el campo la encontraré.

CATERINA

Y puede que demasiada, en ciertos sentidos; pero en otros, ¡*mamma mia!*  
(*Reclinándose en la cama*) En cuanto oiga algún ruido junto a la puerta, échese encima mío, por favor.

LOUIS

¿Cómo?

CATERINA

Que se eche encima mío, le digo. No tenga miedo. No persigo nada que no sea estrictamente correcto.

LOUIS

(*con una sonrisa*) Pues es una lástima, señora.

CATERINA

¡Cómo se conoce que es Ud. recién llegado y que no conoce la fama de la Fogliani!  
(*Él inclina la cabeza*) En Buenos Aires, a estacazo limpio, acabo de dejar a uno de mis abogados en un estado tal, que el pajarraco no podrá cumplir con sus deberes de marido en cuatro o cinco meses. Como además de cobarde es trapacero, ha

hecho dictar una orden de extradición contra mi. Por intento de homicidio.  
¡Comprenderá que si no me he dejado agarrar por la policía argentina, menos voy a dejar que me echen el guante los esbirros de este tirano de tres al cuarto que tenemos aquí!

LOUIS  
¿Y qué le hace pensar que esos “esbirros”, como Ud. dice, vendrán al hotel?

CATERINA  
Están aquí ya. Los he visto hace un momento.

LOUIS  
Haber empezado por ahí.

CATERINA  
¡Qué hombre más sistemático! Se empieza por donde se puede.

*Hay ruidos de pasos junto a la puerta. CATERINA coge a LOUIS por el cuello y se recuesta en su hombro.*

LOUIS  
(*bajando la voz*) ¿Ud. cree que así los va a engañar?

CATERINA  
Estos milicos saben muy bien lo que odio a los hombres en general, lo difícil que me es aguantar cerca mío el aliento de un bicho de su especie. Nunca pensarán que la mujer abrazada a Ud. soy yo ¡Jamás! (*LOUIS ríe*) Sí, riase, riase. Ya verá en la que se ha metido cuando salga al campo. Y la colección de personajes que le salen al paso: matreros, maleantes de toda laya, soldados del “Gobernador”, y la policía, que es peor que tuitos ellos juntos. ¡Lindo candombe! (*Lo aparta bruscamente de sí*) Ya no hay más ruido. Levántese. ¡Levántese, que no puedo aguantar ese olor a hombre que tiene!

LOUIS  
¿Fue por el olor a hombre que dejó Ud. a su abogado hecho un “ecce homo”?

CATERINA  
Fue por ladrón.

LOUIS  
La historia de siempre. En su gran mayoría todos los son: ladrones amparados por la ley. ¡Pobre del que tenga que caer en su manos!

CATERINA

Si desde un principio hubiera sabido que me lo habían comido todo, o si hubiera podido adivinarlo... Pero mienten con un arte bárbaro y todos – porque son varios – usan agua de colonia a pasto. (*LOUIS ríe*) Este viaje fue el golpe final. Ahora se me cayó completamente la venda de los ojos.

LOUIS

¿Después de cuánto?

CATERINA

Después de veinte años. 20 años. Se dice pronto ¿eh? La estancia'e mi hermano abarcaba medio Jujuy. ¡Figúrese! ¡Lo que se habrán comido esos buitres con sus mujeres y sus queridas! Como la décima parte de esa herencia habría podido librarse pa siempre de esos otros ladrones que son los empresarios.

LOUIS

¿Entonces, Ud. era actriz?

CATERINA

Cantante, cantante. ¡Hay clases! Si no estuvieran aquí los milicos de Latorre, le demostraría que con un “fa” natural todavía arranco el empapelado de las paredes.

LOUIS

(*yendo hacia la puerta*) ¡A ver si han venido en busca de ese muchacho!

CATERINA

Cuidado con abrir la puerta.

LOUIS

(*abriéndola*) Cállese. Estoy en libertad de proteger a quien se me antoje.

*Abriendo la puerta, LOUIS hace un gesto rápido como llamando a alguien. Tras un segundo de pausa, FERNANDO entra demudado, sosteniendo con el brazo derecho el izquierdo, por el que empieza a manar la sangre de una herida que tiene en el hombro. LOUIS da una toalla de mano al herido.*

LOUIS

Coraje, que no es grave. Ponete esto debajo de la camisa.

FERNANDO

Por lo que más quiera, mesié, déjeme salir por la ventana. De aquí puedo treparme muy bien a la azotea.

LOUIS  
Será mejor que te escondas aquí.

CATERINA  
Así nos llevan presos a los tres ¿no?

*FERNANDO va hacia la ventana.*

LOUIS  
Vos te quedás aquí, ¿sabés?

FERNANDO  
No, mesié, no. Por la azotea puedo pasar a casa de unos amigos que viven aquí en Sarandi. Por favor, déjeme irme.

LOUIS  
(*yendo hacia la ventana*) Esperá primero que vea si hay alguien enfrente.

CATERINA  
Eso es ¡métase de patas en este berenjenal, va a ver lo bien que lo pasa en la cárcel!

LOUIS  
¿Quiere callarse de una buena vez?

CATERINA  
¡No ha nacido todavía el bicho con pantalones capaz de taparme la boca!

LOUIS  
Eso está por verse. (*A Fernando*) Salí ahora. En la calle no hay nadie. ¡Vamos, salí!

FERNANDO  
Dios lo bendiga.

LOUIS  
Que te bendiga a vos, que lo necesitás más. Adiós y buena suerte.

*FERNANDO y LOUIS se dan la mano. El segundo abre de repente la ventana, por la que el muchacho sale al balcón, y la vuelve a cerrar enseguida.*

CATERINA

Cuando los hombres no me dan asco, me dan lástima. Pero Ud. es un caso especial. Ud. está mucho más loco de lo que parece a simple vista.

LOUIS

¡Mire quien habla!

CATERINA

Sólo a un loco se le ocurre jugarse la vida por un gesto.

LOUIS

¿Qué vida? ¿De qué vida me habla? El hombre que en determinado momento de su existencia no es capaz de jugárselo todo por un gesto está muerto. Es más: no ha vivido nunca de verdad.

CATERINA

Pues muy señor mío, muerte por muerte, ¡no sé que le diga! Como esto que acaba de hacer se descubra, tenga por seguro que lo persiguen por espía.

LOUIS

*(mirándola fijamente con una sonrisa)* ¿A esto le llaman ser espía? ¡Qué arte para insultar a la oposición!

CATERINA

Eso no es nada comparado con el arte que tienen para *tratarla* cuando cae en sus manos.

LOUIS

¡Si Ud. se permite resistir a las autoridades, no sé porqué no voy hacerlo yo!

CATERINA

Hay una pequeña diferencia entre el hombre y la mujer, Monsieur Tredjeu, y en esta caso la diferencia obra en contra suya.

*Se oyen tres tiros fuera. CATERINA se abraza a LOUIS, pero cuando éste intenta besarla le da un furioso empujón contra la cama.*

CATERINA

¡Epa, epa! ¿Qué se ha creído Ud., que me voy a dejar besar por tres miserables tiros? ¡Si nos estuviera cañoneando la escuadra inglesa, entuavía!

LOUIS

(*levantándose y sonriendo*) No es Ud. precisamente lo que se describe por ahí como una conquista fácil.

CATERINA

(*mientras LOUIS va de puntillas a la ventana y mira a la calle*) ¡Conquista fácil! ¿Y qué se saca con acostarse con alguien? Por unos momentos uno no es uno, es un animal. Un descanso que no dura nada; después tuito sigue lo mismo que antes. ¡Tanto que se afana la humanidad y tanto que venden su conciencia los hombres y las mujeres por temblar como unos perros un os con otros! ¡Bah!

LOUIS

¡Pobre mundo, si las mujeres fueran todas como Ud.!

CATERINA

Al paso que van, no sé qué le diga. En Europa la concubina del hombre ha empezado a convertirse en su compañero de pieza. Pero eso me gusta ¿sabe? Leña con el hombre ¡hay que darle duro no más!

LOUIS

(*con una risa sarcástica*) ¿Le parece poco lo que lo castiga la vida? El mundo está cada día más loco; la gente quiere cada día más dinero y más cosas; todos tienen la manía de la velocidad. Yo no veo el momento de volver al campo y perderme en su silencio infinito. La tierra llana, el cielo liso, y yo. Solo. (*Sirve a CATERINA un vasito de "cognac"*)

CATERINA

(*arrebátndole el vasito de la mano*) ¡Hmm, cognac francés! (*Apura medio vaso*) ¡Cuántos recuerdos de Europa me trae! ¡Hmm! Huele mejor que un perfume de Guerlain.

LOUIS

(*sirviéndose a su vez*) Esta sí es una cosa que voy a echar de menos. Me tomaba un par de botellas al día ¿sabe?

CATERINA

¡Ca...ray!

LOUIS

Pero eso era estando en la fábrica, viendo cómo vivían los obreros. En el campo, y solo, será distinto.

CATERINA

Yo, sola, nunca. Dios libre y guarde. Antes de estar sola ¡soy capaz hasta de vivir con un hombre!

*LOUIS ríe y levanta su brazo. Ella levanta el suyo, y también ríe.*

CATERINA

¡Porque le aproveche la soledad!

*Los dos se miran con una mirada de curiosidad, de desafío, como si la vida de uno y otro no pudiera ser ya la misma después de este encuentro.*

## TELÓN RÁPIDO

## INTERMEZZO I

*En la oscuridad que se hace inmediatamente en la sala se oye el ruido de cascos de caballo que avanzan trabajosamente por un pavimento de madera, ruido mezclado con el de viento fuerte y aguas agitadas.*

*El ruido de cascos cesa de repente. Se oye un fuerte estrépito, y tras él, la voz de LOUIS, que habla a gritos pero que aun así, entre los ruidos del viento y del agua, tiene dificultad en hacerse entender.*

VOZ DE LOUIS

¿Qué le ha pasado, compañero? ¿Se atascó? (Pausa) ¿Cómo? ¡Ah, sí, la rueda! ¡Qué barbaridad! Deje, deje. Yo bajo a recogerla ¡Hay que traerla pronto! El río está subiendo como si fuera el fin del mundo. (Pausa) ¡Digo que el agua sube! ¡El agua! Espere. (Ruido de portezuela que se abre y cierra) ¿Y dónde está ahora esa maldita rueda? ¡Uy, la perdemos! (Elevando más la voz) ¡Venga a darme una mano! ¡Perdemos la rueda y nos quedamos aquí atascados no más! (Los caballos relinchan) Cálmelos. Si se espantan demasiado, también estamos perdidos. (Ruido de un objeto pesado que cae al agua) Y la maldita rueda se fue al fondo no más. ¡Conductor! ¿Me oye? ¡Hay que abandonar la diligencia! (Pausa) ¿Cómo? (Pausa) ¿Y qué? ¿Va a irse Ud. también al fondo del río junto con el correo? ¡En cinco minutos el agua nos llega al pecho! ¡Vamos, venga! ¡La cosa no está como para que yo lo lleve a la rastra! (Los caballos vuelven a relinchar) ¡Qué equipaje ni equipaje! Me llevo esta valijita con los documentos y gracias ¡Venga! ¡Venga y no se separe de mi! ¡Vamos a tener que nadar juntos! ¿me oye?

*Las aguas cubren la voz de LOUIS y se desatan con una fuerza torrencial hasta que el sonido se desvanece al levantarse el telón sobre el*

## CUADRO II

*Patio en la estancia de Don PRUDENCIO ROJAS. En el centro una glorieta, con la mesa puesta para cenar; atrás la casa, pintada de rosa, de la que vemos dos ventanas con rejas de hierro y parte del techo de teja. Rodeando la casa, un corredor embaldosado con algunos sillones de mimbre.*

*A la izquierda de la glorieta, una enorme jaula cubierta. A la derecha un aljibe rodeado de macetas con malvones.*

*CATERINA sale por foro izquierda, atraviesa la “verandah” y se detiene junto a la jaula. Está vestida de negro, con un chal de lana verde oscuro. En el centro del cuello, un gran camafeo.*

*Cae la tarde. CATERINA mira a derecha e izquierda para cerciorarse que está sola e inicia enseguida un diálogo con un personaje invisible.*

CATERINA

¡Genaro! ¿Dónde estás? Vos me llamaste aquí. No me engañes. Sentí claramente que llamabas ¿sabés? (Pausa. Hace un movimiento brusco, como si alguien la hubiera empujado hacia atrás) ¡Vamos! Te he dicho mil veces que no me gusta que me tirés de la falda. ¿No sabés que detesto esas bromas? ¿Pero adónde estás? ¿Ta qué edá te has materializao esta vez? Dejate ver. ¡Genaro! ¡No habrás traído a esa novia espantosa que te has ido a elegir al otro mundo, toda con la cara llena de granitos! ¿Cómo es posible que en el otro mundo la gente siga teniendo las mismas porquerías que tiene aquí en la tierra? ¡Mire que hay absurdos por ahí! (Pausa. CATERINA se vuelve bruscamente) ¡Cristo benedetto! Otra vez a los cinco años. Me da no sé qué volverte a ver a la misma edá en que te moriste. Sé muy bien que lo hacés por jorobarme. Venga de este lado, mocosito. Si alguien sale de las casas no quiero que nos sorprendan conversando. ¡Qué diría cualquiera de ellos si pudiera verlo clarito clarito como lo estoy viendo yo! Se caerían de espaldas. Pero ¡qué van a ver! ¡Qué van a ver! El hombre pasa ciego por la vida. Bueno, dígame, pues: ¿pa qué me ha hecho salir? (Escucha con expresión conturbada) ¡Madonna santa! ¿Dónde? (Mira al cielo con inquietud; de repente lanza un “¡Ah!” y se persigna) ¡La luz mala! Con razón me sentía tan nerviosa hoy. Eso quiere decir que pronto vendrá alguien, un extranjero ¿no? Contestá. (Pausa) Y que si viene será pa peor. La luz mala siempre es un signo de desgracia. ¡Genaro! (Mira en derredor suyo) ¿Te juiste? (Se tapa los ojos con las manos) ¿Será posible que este condenado me haga ver desastres ande no los hay? (Se saca las manos de los ojos y da una rápida vuelta en redondo) ¿Te juiste o no ye

juiste? ¡Genaro! ¡Ah, demonio de muchachito! Mientras vivías nunca me hiciste ningún caso. ¿No te ibas a esconder siempre al fondo del jardín cuando anunciaban la visita de Zia Caterina? Y ahora estás siempre por aquí, como si en el otro mundo no tuvieras nada mejor que hacer. *(Llamando)* ¡Genaro! No, ya no siento más vibraciones. Se jué no más. *(Mira al cielo)* ¡Pero la luz mala está ahí bailando sin parar, como si no se nos hubieran descolgao encima bastantes calamidades ya!

*NICETO ha salido por foro izquierda y se ha acercado a ella de puntillas. Cuando está justo detrás de ella, le tira de la falda.*

CATERINA

Ya me parecía que estabas ahí. ¡Demonio de mocoso! Pero si estás ahí ¿qué me pasa? ¿Ya no te puedo *sentir* más? ¿Me habré vuelto como el resto de la gente: ciega, sorda y muda? ¡Ah, no, no! La vida con gente de carne y hueso es demasiado horrible. ¡Si me quitan esta facultá, prefiero morirme!

*NICETO suelta una carcajada. CATERINA se vuelve a él con la rapidez del rayo.*

NICETO

¡Bah! ¡Morirse! ¿Ud. no dice que morirse es un regalo y pa que uno lo gane tienen que pasar miles de años? Antes de hacerse persona decente hay que reencarnarse montones de veces: eso lo tengo oído de siempre. Entonces, doña Cata ¿pa qué habla de morir?

CATERINA

Soltá, demonio, soltá esa pollera. Como si no bastara con los espíritus, todavía vienen los cristianos a complicarle a uno la existencia.

NICETO

¿Y de áhi? Ud. dice que soy el único perro fiel que le queda en el mundo. ¿No me va a dejar que suelte un ladrido de contento de cuando en cuando?

CATERINA

Sí, muchacho, tenés razón. Vos en este mundo y Genaro en el otro. Él ya te conoce y simpatiza con vos, aunque no le gusta la forma en que tratás a tu viejo

NICETO

Tengo un pálpito de que ese Genaro debe ser un poco mariquita. ¿A que no se mete con Ud. y se atreve a decirle la verdá: que el mal de ojo que le ha hecho al viejo no sirve pa nada?

CATERINA

(*airada*) ¿Mal de ojo, yo? Estás loco.

NICETO

Hum... Es un suponer no más, pero me dejaría cortar una mano.

CATERINA

La perderías. Hacer juerza pa que se muera el viejo es una cosa, y hacerle mal de ojo otra muy distinta.

NICETO

¿Y no va a aflojar nunca en esa lucha?

CATERINA

Nunca. Entre lo que me hicieron los ladrones de los abogados de Buenos Aires y lo que me hizo después tu padre, hay bastante como pa desearle la muerte a medio mundo.

NICETO

(*lanzando una risotada salvaje*) Hay quien dice que el viejo no se cayó del caballo, sino que se tiró no más, pa no casarse con Ud.

CATERINA

Pero le salió el tiro por la culata, porque se casó con una silla de ruedas a la que está pagado hace 15 años. Y si no hubiera quedado así, alguna marca gorda tendría de cualquier modo, que pa eso Dios me ha dado una mano privilegiada.

NICETO

(*otra risotada*) ¡Vamos! ¿A quién le va a pegar ahora, doña Cata, a mi? Más lonjazos de los que me daba el viejo cuando era gurí... ¡y míreme! No, señora, bo. Un es así como va a tener mando en esta casa.

CATERINA

Yo quiero el mando pa vos. Es por eso que te truje aquí ¿sabés?

NICETO

No. Me trujo para tenerme como una llega viva. Pa hacerle recordar siempre al viejo que el día en que yo nací fue el día en que se murió mi mamá. Un día marcado por las estrellas.

*Aparecen en el corredor BRENDA y DON PRUDENCIO ROJAS, su padre, a quien ella conduce en su silla de ruedas. Ambos escuchan en silencio la conversación de NICETO y CATERINA. BRENDA*

*viste de percal blanco con lunares azules y lleva un pequeño delantal de la misma tela.*

CATERINA

¡Qué Dios tenga en la gloria a tu pobrecita mama!

NICETO

Esa sí que jué canallada del destino. Una gurisa de trece años apenas. Cada vez que lo pienso se me regüelva la sangre y le pegaría fuego a las casas. ¡Viejo canalla!

CATERINA

Bueno, en aquella época tu padre debía ser un hombre en flor.

NICETO

¡Hombre en flor entonces, pero canalla, canalla! ¡Aprovecharse así de que era el patrón, el dueño! ¡Y con chiquilinas, pa pior!

CATERINA

Aquí eso lo han hecho tuitos, y lo siguen haciendo no más. El derecho de pernada, le llamaban en Europa cuando eran tan salvajes como estos gauchos.

NICETO

¡A mi qué me importa Europa! Me importa que mi vieja se me haya muerto por ser demasiado joven. Pero cuando los hombres se conducen, no como hombres, sino como perros...

CATERINA

*(interrumpiéndolo)* Vos moralizá todo lo que quieras, pero me parece que no te vendría nada mal desahogarte con una mujer de vez en cuando en vez de darle esas carreras al alazán.

NICETO

¿Qué mujer? ¿Carmela? ¿Rosario? ¿La tuerta'el puesto? Las he probao tuitas. No son ni pa una vez siquiera.

CATERINA

*(riendo)* ¿Y de áhi? ¿Querés de tener de amante a la Patti o a Jenny Lind? *(Se le acerca)* ¡Las pretensiones!

NICETO

¿Por qué no? Aspirar, de lejos, se puede aspirar siempre. Me gustaría una mujer que fuera léida, así como usté, con esa cosa especial que tiene la gente que viene de Uropa; ¡un poquito más moza no más! *(Una pausa en que da un paso más hacia ella)*

Pucha que güele bien, doña Cata. Dan ganas de cerrar los ojos y pensar que es un poquitito más joven.

CATERINA

*(ríe francamente)* ¡Qué muchacho! Vas a tener que pasarte un peine fino por la cabeza y sacarte esas ideas, que son peligrosas.

NICETO

Fue Ud. la que me las puso en la cabeza. Y las otras, el viejo. ¡Pedir respeto, un padre que entuavía se niega a ir al Registro Civil a reconocirme! ¡Pedir afecto, esa carroña humana! ¡Ahhh! Pegar fuego a las casas es poco Cada vez que pienso en él, me dan ganas de hacer volar el mundo.

*Sin decir “agua va” Don PRUDENCIO toma de un costado de su silla tres proyectiles y los lanza a la cabeza de NICETO: una naranja seca, un tintero vacío y una alcachofa. La naranja, que roza la frente de NICETO, lo toma desprevenido, aunque el muchacho tiene ya un instinto especial para esquivar los golpes de su padre; pero a los otros proyectiles les saca el cuerpo con facilidad.*

PRUDENCIO

¡Alma negra y retorcida! ¡Ni en un momento de distracción puedo haber fabricado yo semejante engendro!

NICETO

*(en mutis por foro izquierda)* ¡Estoy seguro que nunca tuvo con qué!

PRUDENCIO

¡Ah, si alguna vez yo pudiera agarrar a esta bestia salvaje y tenerla entre las manos! La parálisis es pa los tipos que se llevan bien con los demás, no pa mi. No en esta casa, con este cuervo que he criado.

*BRENDA empuja la silla de ruedas hasta el patio, en donde la deja junto a la glorieta.*

CATERINA

*(volviéndose a don PRUDENCIO)* Y, compadre, ¿quién lo manda escuchar? Quien escucha su mal oye.

PRUDENCIO

¡Así que vos no sólo lo dejás hablar sino que te solidarizás también con el! ¡Has acabao por tenerlo de cómplice, a ver si entre los dos me hacen reventar a mi!

BRENDA

No se ponga así, tata. Por favor no se ponga así. Después sabe muy bien que el que paga el pato es Ud.

PRUDENCIO

No hay cuidado, m'hija. Les va a costar hacerme morir, pero si muero, entuavía tendrán que vérselas con vos. (A CATERINA) Como sepa que te entendés con Niceto, y te ves con él aquí y allá, te pongo en la primera diligencia que salga para Montevideo. Ya me moriré cuando me llegue la hora: pero no son Uds. quienes la van a marcar.

CATERINA

¡Tanto habla de la muerte, como si fuera una cosa tan importante!

PRUDENCIO

¿Y nu es? ¡Vos bien que te aferrás a la vida con uñas y dientes!

CATERINA

Porque morirse es incómodo; pero no importante. Pior es vivir como vivo yo, enterrada en este agujero. Una mujer que ha sido regalada y aplaudida e invitada por príncipes y llevada en andas. ¡Parece mentira!

BRENDA

¡Virgen de los Desamparados! Hacía meses que no escuchábamos ninguna entrega de esa novela.

CATERINA

Es que en estas lomas muertas hasta los recuerdos se le gastan a uno.

*LOUIS entra corriendo por derecha, vestido de frac, con sombrero de copa y un maletín de felpa de colores en la mano.*

*Inmediatamente después de entrar en él se oyen los ladridos furiosos de dos enormes mastines. El forastero suelta la maleta y se tiende en el suelo haciéndose el muerto, los dos brazos unidos sobre el pecho sosteniendo su sombrero de copa. Como si esto fuera una señal, los perros entran y se ponen a husmearlo de arriba abajo.*

*BRENDA y Don PRUDENCIO ríen al ver el cuadro. CATERINA lo contempla con expresión sombría.*

BRENDA

(*espantando los perros*) ¡Moro! ¡Bachicha! ¡Juera! ¡Shhh! ¿Así se recibe a un viajero tan elegante como el señor?

*BRENDA y su padre vuelven a reír. Los perros, gruñendo, salen pero LOUIS no se mueve. BRENDA hace una guiñada a su padre.*

BRENDA

¿Se habrá muerto de un síncope? Parecería que estaba preparado, porque la mortaja la lleva ya encima, no más.

*Padre e hija ríen de nuevo.*

LOUIS

(*abriendo los ojos, a BRENDA*) Ud. dirá, señora, si tengo venia para volver a la vida.

CATERINA

(*sobre el último eco de risa de los demás*) Si lo dice por los perros, estese tranquilo que no vuelven. ¿Qué hace por estos pagos, Monsieur Tredjeu?

LOUIS

(*levantando medio cuerpo en un movimiento de sorpresa, pero permaneciendo sentado en el suelo*) ¡Ah, Ud.! ¡Es Ud.! Sabía que la volvería a encontrar. (*A BRENDA*) Los perros son animales que siempre he odiado. Y después de forzarme a que me presente así en esta casa, todavía más.

CATERINA

Si los odia le aconsejo que se vuelva a Montevideo; en el campo las cosas van tan mal, que van quedando más perros que cristianos.

BRENDA

Pero estos son buenos guardianes, señor. ¡Perdone que nos riéramos así! En realidad, en esta casa no sobran los motivos de regocijo.

LOUIS

(*con ironía, después de levantarse y sacudirse el polvo de la ropa*) Entonces me alegro de haberles dado uno. Este campo uruguayo le hace ensanchar el alma al viajero. Cuando un hombre se siente tan feliz como yo ahora, ¡qué le importa ser el hazmerreír de los otros!

PRUDENCIO

Eso nunca.

CATERINA

El señor Tredjeu, si mal no recuerdo, ha venido al campo a vender zaraza. Le presento a Don Prudencia Rojas, el dueño de esta estancia, y a Brenda, su hija.

BRENDA

¿Cómo está? ¿Bien y Ud.?

*Le extiende la mano, que LOUIS estrecha. Él va enseguida a saludar a Don Prudencio.*

PRUDENCIO

Bienvenido, mi amigo. A esta humilde casa, que pongo a sus órdenes, la llamamos “La Mercé”.

LOUIS

Gracias. (A BRENDA) La “mortaja”, señorita, no es mi ropa de viaje, como se imaginará.

BRENDA

Ya pensaba yo que los viajeros de comercio no van de “frac” a todas horas, ni aun en Francia.

PRUDENCIO

Se ve que viene de allí, y no sólo por el apellido. ¡Todo un caballero el señor! (A CATERINA) ¿Y de dónde lo conocés vos? No tiene edad de haber sido uno de tus admiradores.

CATERINA

Nos conocimos aya no más, en Montevideo. Le dijo cómo andaban las cosas por la campaña, tuito lo que le esperaba aquí...

LOUIS

Menos lo que eran las crecientes.

PRUDENCIO

¿Y lo agarró una en el Río Negro?

LOUIS

En el mismo puente. Con la diligencia se fue al fondo del río todo mi equipaje. Salvo esta valija, que mantuve en alto porque tenía todos mis documentos y mis muestras. ¡Ah! Y este “frac”.

PRUDENCIO

(con una risilla) Condenado a etiqueta permanente, ¿eh?

LOUIS

Y por lo visto, a burla permanente también.

PRUDENCIO

A burla no, mi amigo. En el campo nuestro el forastero es el dueño de tuitas las goluntades; aquí usted no tiene más que mandar.

*LOUIS, conmovido, se aprieta las manos contra el pecho.*

LOUIS

Gracias, gracias, don Prudencio. Estas son las cosas que quería recordar, la vida que quería volver a vivir.

BRENDA

¿Volver a vivir?

CATERINA

*(mirándolo de arriba a abajo)* Se crió de chico en una estancia del Salto. Pero eso no impide que sea francés hasta las suelas de los zapatos. ¡Suerte que tienen algunos! Y dígame, el conductor de la diligencia ¿se salvó?

LOUIS

Sí, señora.

CATERINA

Lástima grande. Muerto habría sido una buena compañía para mi. ¡Un hombre que conocía tantas historias y tenía tanta labia!

*LOUIS la mira con asombro.*

PRUDENCIO

Esté... Lo que Caterina quiere decir es que tiene trato con los espíritus ¿sabe?

LOUIS

¡Ah! ¡Ah, sí! Ya veo.

PRUDENCIO

*(ante la expresión dura y hostil que CATERINA ha mantenido desde la entrada de LOUIS)*  
¿Y ahora qué bicho te ha picao? ¡Mire qué cara!

CATERINA

Hmm. No podría decir que el primer encuentro con Monsieur Tredjeu en Montevideo haya sido el momento más feliz de mi vida; pero no es por él que me siento así. Quería ver la cara que ponías vos si hace un rato, mirando al campo, te hubieras tropezao con la luz mala, como me pasó a mi.

PRUDENCIO

*(persignándose)* ¡Dios bendito! *(Cambiando de tono, con falsa despreocupación jovial)*  
¡Vos siempre haciendo caso de esas supersticiones!

CATERINA

Sabés que siempre que aparece la luz mala viene un forastero, y que cuando viene, siempre lo acompaña algún desastre.

BRENDA

¡Por Dios, doña Catalina! ¿Cómo puede decir una cosa así? ¿En 15 años de estar aquí no ha aprendido entuavía que en el campo la hospitalidá es cosa sagrada?

CATERINA

¡Hospitalidá! ¿Con quién vamos a practicar la hospitalidá, si aquí no viene nadie? ¿Y con qué? ¿Ande está el “champagne” y la orquesta y los criados de calzón corto? Porque este forastero no sólo es francés, sino que ministro francés, y si me apuran mucho, un ministro que viaja en misión secreta.

*LOUIS ríe.*

PRUDENCIO

¡Ah, gringa loca, siempre bandeándose de un extremo p'al otro! *(A LOUIS)* En el verano, señor, cenamos aquí ajuera, en la glorieta. Si quiere pasar a refrescarse un poco... Acampánelo al cuarto'e huéspedes, Caterina.

CATERINA

¿Pero se queda a pasar la noche?

PRUDENCIO

*(irritado)* ¿Y ande querés que vaya a estas horas?

CATERINA

Es francés y habla muy bien y yo me derrito escuchándolo; pero ya hice mi alvertencia, que conste. Cuando el rayo golpee la casa y tuito se desfonde, a mi que no me vengán con lamentos.

LOUIS

(*tomando su maleta*) Le agradezco su ofrecimiento, don Prudencio; francamente, no me queda otro recurso.

BRENDA

(*A LOUIS*) Por favor no haga caso de doña Catalina. Todos tenemos nuestras manías; la suya es leer signos de desastre en cada rincón donde mira.

*CATERINA echa a BRENDA una mirada altanera. Luego ella y LOUIS salen por foro izquierda.*

BRENDA

¿Porqué la mandó con él, tata? Quién sabe qué nueva barbaridad le dice. ¿No ve que cada día está más chiflada?

PRUDENCIO

No quería que fueras tú. Sabe Dios cuántos meses hace que no cae por la estancia un forastero, pero privados de compañía como estamos, no quiero que éste vea que perdemos las alpargatas de gusto teniéndolo aquí.

BRENDA

¡Meses que no viene nadie, dice Ud.! Pa *usté* son meses. Pa mi, años.

PRUDENCIO

Me lo imagino, m'hija. Y me estoy imaginando también que podrías caerle en gracia. Los gringos son gente rara ¡quién sabe! Hasta capaces de casarse con una mujer de tu edá.

BRENDA

¿Ta loco, tata? Yo estoy aquí para cuidarlo a *usté*, para envejecer y morir junto a *usté*.

PRUDENCIO

Sí ¿y te pensás que vi'a quedar pa semilla?

BRENDA

Cuidarlo y acompañarlo es mi destino, tata.

PRUDENCIO

Tu destino es manejar la estancia cuando yo muera. ¿Querés que se la entregue a Niceto? En sus manos tuito se hundiría en seis meses. Se quedarían en la miseria.

BRENDA

¡Bah! Siempre habría algo que comer.

PRUDENCIO

¿Y ahí se concluye la vida pa vos? ¿No has pensado nunca en un marido... en los hijos que le puedes dar?

BRENDA

Por favor. Delante'el forastero tenga cuidado con lo que dice. A la menor insinuación me encierro en mi cuarto, se lo juro.

PRUDENCIO

Pero m'hijita, m'hijita, ¡no seas así! A mi me duele que renuncie en esa forma a cumplir su destino de mujer.

BRENDA

A los treinta años, tata, uno está pasada. Un empujoncito más y es la vejez. ¿Pero qué importa? ¿No renuncian las monjas a mucho más? Y ahí las ve Ud. tan contentas.

PRUDENCIO

Eso no se sabe. A muchas habría que someterlas a tentaciones como las de San Antonio, a ver qué pasa.

BRENDA

No me haga poner colorada, que ya no estoy en edá. *(Pausa)* Yo soy feliz con lo que tengo: mis pájaros, los amaneceres, ratos para salir a caballo... Mi vida es un agua limpia. ¡No trate de enturbiarla, tata!

PRUDENCIO

Tá bien, tá bien, m'hija. Andá a decirle a Clara que haga un clericó pa la cena. Decile también que Niceto comerá en su cuarto hasta nueva orden.

BRENDA

*(alejándose en mutis por foro izquierda)* Si uno de los dos aflojara en esa pulseada que no se acaba nunca, ¡cuánto mejor sería para Ud.! *(Dentro)* ¡Clara! ¡Clara!

*Hay una pausa.*

PRUDENCIO

*(en un lamento desgarrador, que le sale del fondo del alma)* ¡Si aflojara! ¿No me ven liquidado? ¿No me ven la muerte en los ojos? ¡Si aflojara! ¡Ay, Señor, por qué me seguirás teniendo clavado aquí! Siempre que siento ganas de llorar o aullar contra este destino negro, aparece esa santa de hija y me tengo que tragar las lágrimas y los gritos. En un principio, cuando entuavía tenía juerzas, Señor, no me importó

esta jaula; pero aura que me voy muriendo un poco más cada día, querría dejarla de repente y volar pa siempre, volar!

*LOUIS, bien peinado y compuesto, sale por foro izquierda y aparece en el corredor.*

LOUIS

Perdone. Perdóneme. No quería sorprenderlo en sus cavilaciones.

PRUDENCIO

No me haga caso. Zonceras de viejo no más.

LOUIS

No, no diga eso. Sus palabras han puesto el dedo en una llaga que llevo abierta muy adentro. ¡Creer que tenemos un alma, que esa alma puede un día volar! ¡Qué más quisiera yo! Eso le daría por fin un sentido a este episodio brutal en incoherente que llamamos vida.

PRUDENCIO

Pucha que habla lindo, don. Con la de hembras que se debe haber alzado.

LOUIS

(riendo) No sé... El que habla no actúa. Y Ud. sabe mejor que yo que con las mujeres hay que actuar, y actuar rápido.

*Los dos hombres, situados delante de la glorieta, ríen. CATERINA aparece por foro izquierda. Al darse cuenta de que empiezan a hablar de ella, avanza y se oculta tras el follaje que cubre la glorieta.*

LOUIS

(A Don PRUDENCIO) Le voy a pedir un favor, Don Prudencio. Tranquilíceme a doña Catalina. Pasaré la noche aquí y mañana por la mañana me largaré adonde sea. No me gusta la ideas de servirle de instrumento al destino – aunque sea instrumento inconsciente ¿sabe?

PRUDENCIO

¿Pero le va a hacer caso? Ya le dijo m'hija Brenda que la gringa siempre está anunciando desastres. Lo hace por distraernos un poco. ¡Como por aquí nunca pasa nada!

LOUIS

Pero cuando anuncia alguna cosa, Uds. le creen ¿no?

PRUDENCIO

Muchas veces sí. Aunque le diré: ella no es una “médium”. Y aquí en la casa no hay mesas que se muevan. Caterina es otra cosa: una mujer que está llena de espíritus, como un saco viejo que reventara de polillas. (*LOUIS ríe*) Y los ve y habla con ellos con sol y con luna, y en las casas o en el campo, donde usted quiera. (*LOUIS vuelve a reír*) No, la cosa no es pa ráirse, don. ¡Ese pleito! Ese pleito interminable es el que ha ido alborotando la pajarera. ¡Pobre Catalina! ¿Ud. sabe quién fue?

*LOUIS hace una señal de asentimiento con la cabeza.*

PRUDENCIO

Por culpa de ese pleito, en pocos años perdió la flor de su hermosura, y la voz, y la razón; pero no la memoria de lo mucho que sabía, y así la truje a la estancia pa que sirviera de institutriz a m'hija.

*Una voz cascada, pero todavía robusta, de soprano dramática, entona con furia dos frases de un aria de “Norma”, que CATERINA concluye con un agudo dudoso al aparecer a la derecha de la glorieta. PRUDENCIO tiene un sobresalto.*

CATERINA

¡Viejo hipócrita! ¿Te impidió el que hubiera pedido la voz y la razón y los encantos de mujer arrastrarme a estos andurriales? ¡No pa que sirviera de maestra, qu'eso vino después; pa vivir contigo, como tu concubina!

PRUDENCIO

Sujetá esa lengua, que Brenda puede volver de un momento a otro.

CATERINA

¡Ah, los hombres! Un rayo fulminante que los partiera en dos, sin dejar uno solo en pie, sería poco castigo pa las canalladas que hacen.

PRUDENCIO

(*duramente*) Yo querría saber qué le pueden importar tuitas esas historias a un forastero.

CATERINA

Yo también. ¿Quién fue el que empezó a ventila la ropa sucia, eh? ¡Hombres! ¡Bestias, eso es lo que son! No le dejan a uno ni el pudor de su desgracia.

LOUIS

Yo tengo la culpa, señora. Fui yo el que inició esta conversación.

CATERINA

¿Y quién le dio vela en este entierro?

LOUIS

La curiosidad. Me dejó fascinado esa idea de una “visión” del otro mundo.

CATERINA

Pa tomarlo pa la risa, ¿no? Sabiendo que aquí las noches son largas y que le salen canas de aburrimiento a uno.

*BRENDA sale por foro izquierda y, sin decir palabra, se queda escuchando embelesada a LOUIS.*

LOUIS

No, señora. Cuando uno mira al cielo como lo hacía yo todas las noches en el barco, y ve todas esas constelaciones y esos mundos que se mueven con tanta armonía – aunque parezcan quietos – se da cuenta de que lo que nos pasa a los humanos aquí sobre la tierra no puede ser sino una parte chiquitísima de una verdad mucho más grande, que no tenemos suficiente inteligencia para penetrar.

PRUDENCIO

¡Tomá!

CATERINA

Ya me esperaba que quisiera ganarme d'ese lado. El diablo se viste siempre de poeta o payador.

PRUDENCIO

¡Y todavía te quejás!

CATERINA

¡Gaucho bruto! ¡Qué sabés vos del mundo y de la vida! ¡Después no quieren que esté medio loca, perdida pa siempre n'este nido de ratas!

BRENDA

Dola Catalina, por todos los santos del firmamento, vamos a tener la fiesta en paz. A la mesa.

*Entra CLARA con una jarra de “claret-cup” y se queda mirando embobaliconada a LOUIS.*

LOUIS

(*mirando la jarra*) ¿Eso es lo que llaman sangría en España? ¿Vino con azúcar y limón?

BRENDA

Eso mismo, sí señor.

LOUIS

¡Qué lastima! Porque a mi me gusta el vino puro, sin bautizar.

*CLARA suelta una carcajada.*

CATERINA

Este vino es frutilla, vino ordinario hecho aquí en casa no más.

LOUIS

De todos modos, es vino. ¡Ah, la vida por un vaso de vino! O para ser sincero, por dos o tres.

*CLARA vuelve a reír.*

PRUDENCIO

Andá, negra loca. Traé una botella p'al señor.

CLARA

Sí, patroncito.

BRENDA

(*desde la puerta*) Dejá, la traigo yo. Se me olvidó la mostaza p'al forastero.

PRUDENCIO

(*con un guiño*) ¡La mostaza y otros picantes ya los tiene aquí, con Caterina!

*CLARA sale por foro izquierda, corriendo y envuelta en un mar de risas. BRENDA, sacudiendo la cabeza, le sigue el paso.*

LOUIS

¡Vaya! No esperaba convertirme en el éxito cómico del año.

CATERINA

Es la manera que Clara tiene de expresarle su admiración.

LOUIS

¡No me diga! ¡A cuántas cosas nuevas voy a tener que ajustarme aquí!

CATERINA

Figúrese. ¡Por qué se habrá venido de Europa! ¡Dejar la civilización, Dios mío! ¡Lo miro con ese frac y me vuelven tantas cosas a la cabeza! Las cenas en Fouquet's, los jardines de Ranelagh, los troncos de caballos que me regalaba Orsini, los paseos por Trinitá dei Monti, el Rialto. ¿Cómo está Leduc?

LOUIS

¿Qué Leduc?

CATERINA

Un mozo que había en Fouquet's. Tenía un estilo, una insolencia, un aire de decirle secretos a uno al oído... Era un tipo muy especial.

LOUIS

¿Cuántos años hace que no lo ve?

CATERINA

*(resoplando)* ¡Pouf! Unos veinte.

LOUIS

¿Y cuántos tenía él entonces?

CATERINA

Sus buenos cincuenta y siete o cincuenta y ocho, muy bien llevados por cierto.

LOUIS

Pues calcule Ud. donde estará ahora.

CATERINA

*(sacudiendo la cabeza)* Tiene razón. Es horrible que se le vaya muriendo a uno tuita la gente que conoce. La vida ya no es lo mismo, y uno ya no es uno. *(Pausa. Con una sonrisa inconsecuente)* ¿Y qué se lleva ahora en París?

LOUIS

¿Qué sé yo? Cada vez más bultos y más alambres y más rellenos y más postizos. Toda relación entre una mujer que uno ve por la calle y el cuerpo humano es obra de la casualidad.

CATERINA

Esa es la moda que me conviene: que se tape la verdad. ¡Ay! ¿dónde estará la Fogliani? ¡Las cosas que vi y viví en Europa parecen tan absurdas desde este aujero maldito!

LOUIS

*(sonriendo)* No se lamente Ud. tanto. La “civilización”, como llama Ud. a Europa, está destruyendo al hombre. ¡Si Ud. supiera lo feliz que me sentí al venir hacia aquí, andando a campo traviesa, solo, sola mi alma! Me parecía que todo se había borrado del centro de mi ser; las luchas con mi padre, el recuerdo de la guerra, la visión de las obreras de la fábrica, siempre borrachas, y de sus hijos, siempre tuberculosos; la hipocresía de la gente rica que tenía que ver en Lyon... Volví a ser niño, a... querer soñar.

*NICETO aparece por izquierda.*

PRUDENCIO

¿Tanta huella le hizo lo que vio aquí en su infancia?.

LOUIS

Por lo visto...

PRUDENCIO

Ud. es el hombre que yo necesitaría aquí: alguien que quiera a este campo, que pueda trabajarlo con amor.

NICETO

*(avanzando)* Prudencio Rojas de cuerpo entero, pa servirlos: un estanciero hacho y derecho, que ofrece poner tuito lo que tiene es este mundo en manos del primer desconocido que llega.

PRUDENCIO

*(violento)* ¿Qué hacés aquí, víbora? ¿No he dado órdenes de que te sirvieran la comida en tu cuarto?

NICETO

Pierda cuidado, viejo, que no quiero que se me indigeste viéndolo. *(Mirando a LOUIS)* ¿No me va a presentar? ¿Tanto miedo tiene que sepa que soy el guacho?

PRUDENCIO

¡Víbora! Vergüenza me da pensar que un retobao lengua larga como vos se mi hijo.

LOUIS

Buenas noches. *(Le extiende la mano, que Niceto estrecha secamente)*

NICETO

(A Don PRUDENCIO) Pero eso de que sea hijo suyo entuavía está por verse.

PRUDENCIO

¿Cómo decía?

NICETO

Hasta que usted no firma un papel, y el juez no firme otro, y la cosa no sea legal...

PRUDENCIO

¡Ya veo que vos y Caterina se disputan el campeonato de quién dice más barbaridades esta noche!

NICETO

¿Cómo le pica esa sarna! ¿eh? ¡A...aamigo!

*BRENDA reaparece con una botella de vino y, mirando insistentemente a LOUIS, la pone sobre la mesa.*

PRUDENCIO

(*gritando con furia*) Mirá Niceto, no me hagás subir la sangre a la cabeza, porque un día de éstos me vas a agarrar mal y te vi'a matar.

BRENDA

¡Tata! ¿Cuántas veces vi'a decirle que no se ponga así? ¡No le haga caso a Niceto!  
¡Míreme a la cara! ¡Tata!

LOUIS

(*riendo, mientras se sirve vino lo más suelto de cuerpo*) ¡Cómo me recuerda esta escena a las "charlas amistosas" que tenía con mi padre a la hora de las comidas!

BRENDA

¿Ud.? ¡No es posible!

LOUIS

¿Ah, no? ¿No soy latino? El padre, la persona que más quiere querer un muchacho – la que más necesita querer – es casi siempre el pero enemigo. De entrada una cuerda queda floja, suelta, en el aire – la cuerda principal quizá. De ahí en adelante ¿qué tiene de extraño que la vida toda sea una equivocación?

*NICETO rompe repentinamente en un sollozo.*

CATERINA

Debía haberme imaginado que llegado el momento iba a aflojar así. ¡Manflora!  
¡Levantá la cabeza si no querés que te la levante yo a cachetazos!

*Pero NICETO se cubre la cara con las manos.*

PRUDENCIO

Atrévete, gringa, a tocarle un pelo a m'hijo, y vas a ver ánde vas a parar. (Pausa)  
Andá, Brenda, traeme la palmeta. Está visto que esta noche será el único medio'e  
mantener el orden en la mesa.

*Pero BRENDA no lo ha oído. BRENDA tiene la vista clavada en LOUIS que, sin decir palabra, se echa al colete dos vasos enteros de vino, uno tras otro. En el silencio que se establece enseguida todos se quedan mirando también al forastero mientras éste, sin perder tiempo, se lleva a la boca el tercer vaso consecutivo.*

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

Acto II

CUADRO III

*La escena es la misma. Han pasado tres días, y son casi las ocho de una tónica mañana estival, en que todo parece vibrante y empapado de sol. La jaula grande de la izquierda, ahora descubierta, revela una docena de pájaros, varios de los cuales trinan alegremente.*

*NICETO está sentado en la glorieta, moviendo la pierna izquierda con nerviosa impaciencia y mordiéndose las uñas de vez en cuando.*

*CATERINA sale por foro izquierda, se detiene a la entrada al patio, mira rápidamente a uno y otro lado y lanza un breve silbido. NICETO le contesta inmediatamente con otro y ella se encamina a la glorieta. Está vestida con un traje de percal blanco a gruesas rayas azules, de falda amplia con un gran volante en el ruedo, cinturón negro y "fichu" blanco. Pero sus ojos parecen haberse vuelto color de esperanza, tal es la luz fuerte y afirmativa de su mirar.*

NICETO

Güenos días, doña Cata. (*Bajando la voz*) ¿A qué santo me ha dado cita aquí a esta hora?

CATERINA  
Primero la salú.

NICETO  
Disculpe. ¿Cómo anda esa salú, entonces?

CATERINA  
Ansina, ansina, m'hijito.

NICETO  
¡Ja! ¡Ja! ¡Qué raro! ¿no? Porque anoche estaba lo más jarifa. Lo que pasa es que el francés me la basureó un poco en la conversación, y usted optó por retirarse a tiempo. ¡No hay que hacerle! ¡El hombre sabe que da miedo!

CATERINA  
Lo único que falta ahora, que adelante de él se te caiga la baba, como a tu viejo.

NICETO  
¡Y como a usted también! Pero no hay peligro. Yo a ese individuo no lo trago. ¡Malhaya el ruido que se me escapó del pecho delante de él! ¡Malhaya la hora en que vino a esta casa!

CATERINA  
De eso mismo te quería hablar.

NICETO  
Pero no aquí. Ya sabe que no nos deben ver juntos.

CATERINA  
No tengás miedo. Al viejo hoy lo vi'a levantar yo de la cama, y Brenda está en la cocina, porque pa eso le metí anoche en la cabeza que hiciera tortas fritas.

NICETO  
Hum. Ya veo que tuito es poco p'al forastero.

CATERINA  
Niceto. Las cosas no pueden seguir así.

NICETO  
¿Qué cosas?

CATERINA

Se te está viendo clarito el juego ¿sabés? Tu viejo también lo ve ¿o creés que se chupa el dedo?

NICETO

¿Qué juego? ¿De qué me habla? No empiece con sus ideas raras, doña Cata.

CATERINA

Sí, sí... ¡Ideas! ¡Falluto! Entre vos y Pancho me lo quieren desnucar al francés. Lo que se llama "hospitalidá criolla".

NICETO

Le juro que...

CATERINA

No jurés en vano, que te va a fulminar el rayo. No es aflojándole la cincha pa que se caiga del caballo como te lo vas a sacar d'encima. Al contrario: si la caída es mala se te queda aquí un mes. Y el viejo pone tuito lo que tiene en sus manos.

NICETO

Eso mesmo pienso yo.

CATERINA

¡En tres días no más ya él y tu hermana y Clara y Gumersinda le hablan como si fuera el patrón! No sé si te habrás fijado.

NICETO

No estoy sordo. Parece que los hubiera mañetizado, como si fuera mandinga en persona.

CATERINA

Por ahora lo que más le interesa es acabar con las botellas del sótano. Pero suponete que con ese estómago que tiene le diera por casarse con tu hermana... ¿Ande quedarías vos?

NICETO

¡Y Ud.!

CATERINA

Yo he capeao temporales más fieros q' éste. Pero vos, si el viejo te echa, quedás con una mano atrás y otra adelante. Contra el franchute se puede hacer una cosa nada más: ir al pueblo a ver a l'autoridá y denunciarlo como espía.

NICETO

*(después de una pausa)* Pa ese paso no cuente conmigo, doña Cata.

CATERINA

Yo te voy a dar tuitos los argumentos. Y sin mentir. Pero una vez que vean q'es comerciante y que no está haciendo nada contra el Gobierno, me lo sueltan enseguida. Pero entonces rumboará pa otros pagos; gato escaldao se vuelve prudente.

NICETO

Denúncielo usted si quiere. Meterse con los hombres de Latorre es entrar en un laberinto. Nunca se sabe si uno va a salir.

CATERINA

Y de ese laberinto tenés miedo ¿no? Pero asesinarlo te da lo mismo.

NICETO

¿Asesinarlo? ¿Qué dice?

CATERINA

¡Ah, Niceto! Si a Pancho el puestero y a vos les hubiera salido bien una de esas dos judiadas que me le han hecho, a estas horas bien que estaríamos de velorio.

NICETO

Yo no lo denunció y basta.

CATERINA

¡Hay que hacerlo! No seás cerrao'e mollera. Bien sabe Dios, y mis conocidos en este y en el otro mundo, qu'es un paso que doy con repugnancia. Hace tres días que gracias al francés la vida parece otra en este aujero. Pero ese paso hay que darlo.

NICETO

Así que la vida parece otra, ¿eh? ¡Gringa mal agradecida! ¿qué semos pa usted, salvajes?

CATERINA

Pior que salvajes: son monjes.

NICETO

¿Monjes?

CATERINA

Sí, monjes a dieta de carne con fariña y mate y galleta dura. Una payada o una penca allá cada muerte'e obispo y, cada mes o cosa así, una borrachera que termina en muerte p'al más descuidao. Las diversiones son pocas pero selectas. Y cada dos meses, la visita al quilombo'el pueblo, p'amenizar un poco la vida con alguna enfermedá.

NICETO

Eso nu es cosa'e monjes.

CATERINA

¿Cada dos meses? Si nu es, pues le anda raspando. *(Pausa)* Niceto... Hay que denunciar al Tredjeu ése. Una semana más que se quede, y tuito lo qu'hemos planeao se va'l tacho pa siempre.

NICETO

Ya le he dicho que lo denuncie usté si quiere.

CATERINA

¿Cómo? Una mujer que no ha pisao el pueblo en diez años... ¿con qué pretexto va a ir? Tenés que denunciarlo vos. Aunque no hubiera hecho lo que hizo en Montevideo, la apariencia es bien misteriosa; un hombre que se presenta sin equipaje; que habla'e vender géneros y no ha sacado una muestra; que tiene esa valijita siempre cerrada con llave...

NICETO

¿Ud. también intentó abrirla? ¡Qué familia!

CATERINA

... que te dice qu'es viajante pero habla como un "lord" inglés...

NICETO

... y toma como un sargento...

CATERINA

No. También como un "lord". ¿Cuándo lo viste borracho?

NICETO

*(amoscado)* ¡Bueno! ¡Si tanto le gusta, guárdese!

CATERINA

El hombre, al caer aquí, he encendido una chispa. No pienso dejar que nos chamusque a tuitos. ¡Bastará con que se quemé él!

NICETO

Así mirada la cosa, ¡a lo mejor es espía no más!

CATERINA

Entonces, ya sabés lo que hay que hacer. Cuanto antes, mejor. Esta tarde mesmo.

NICETO

¡Váyase! ¡Nos van a ver, doña Cata!

CATERINA

*(levantándose para hacer mutis por foro izquierda)* Mucho cuidado con lo que hacés.  
*(Sale).*

*NICETO toma su rebenque, que está encima de la mesa, y se da con él tres o cuatro golpes nerviosos en la pierna. De repente mira a la izquierda y pega un silbido agudo. Luego da unos pasos en esa dirección. Corriendo a su encuentro, PANCHO el puestero sale por izquierda.*

NICETO

Oime, Pancho. Me tenés que hacer un gran favor.

PANCHO

¿Otro? La suerte nu está del lado'e nosotros, Niceto.

NICETO

Esta vez *tendrá* que estar.

PANCHO

Mirá que el viejo anda con la sangre en el ojo.

NICETO

No le quiero hacer nada grave al franchute. Quiero que se vaya no más.

PANCHO

Sí, sí... Cuando la rana críe cola y el sapo vuele... *(Lanza una de sus cortas risitas sardónicas)*

NICETO

Anoche el forastero estuvo hablando de hacer reformas. Vas a tener que trabajar de sol a sol. Empezando por un cerco de piedra alrededor de todos los campos del viejo.

PANCHO  
¿Y eso pa qué?

NICETO  
Sabe Dios. ¿Vos has visto que las reformas sirvan de algo alguna vez?

PANCHO  
Pero no vi'a ser yo solo el que acarree piedras como un loco de un lao p'al otro.

NICETO  
Andá a buscar en tuito el departamento peones que se conchaben pa ese trabajo.

PANCHO  
¡Que lo parió al franchute! ¡Cómo se conoce que no es él el que tiene que romperse el lomo!

NICETO  
Está enterao hasta de que ese inglés loco de Juan Jackson ha cercao sus tierras al norte.

PANCHO  
¡Eh! Inglés y loco son dos términos homónimos, mi compadre.

NICETO  
(*sonriendo*) ¡Homónimos! ¡Míralo a Pancho el puestero, la labia que le ha venido! Lo malo siempre se contagia pronto ¿no?

PANCHO  
Y... uno hace lo que puede... (*Vuelve a sonreír*)

NICETO  
Por eso. Tenés que hacer lo que podás pa sacar del medio a ese intruso. Escuchame. Dejuro que hoy güelva a pedirte el alazán. Decile que vi'a usarlo yo pa dir al pueblo: no te vi'a dejar mentir. Y como te pidió un pingo vivo y nervioso, invitalo a que pruebe al pinto en el corral.

PANCHO  
¿¿El pinto??

NICETO  
El mesmo. Es el que viene al pelo pa lo que yo pienso.

PANCHO

¡Pero está recién domado! Y vos sabés el vicio que tiene de largar a su jinete contra las alambradas. (*Otra risita*) ¡Ese pinto tiene el demonio en el cuerpo!

NICETO

Precisamente. Si el franchute queda malherido te apuesto lo que querás a que se va. Es hombre que sabe comprender una indirecta.

PANCHO

(*otra risita*) Suponete que lo hacemos. ¡Un suponer no más! ¿Y Don Prudencio? ¿Se va a quedar cruzao'e brazos?

NICETO

Si no hacemos eso, habrá que hacer algo pior.

PANCHO

¿Cómo qué?

NICETO

Como denunciarlo por espía. Pero eso es traer a los hombres de Latorre, que nunca han puesto los pies en esta estancia.

PANCHO

De puro respeto por tu tata.

NICETO

¡Ja! El viejo les unta la mano. Empezando porque me paga un personero.

PANCHO

Pero con un padre impedido ¿acaso te pueden llevar?

NICETO

¡Un padre impedido! ¡Mirá que bien! ¿eh? La justicia y el respeto al ciudadano del brazo por estas tierras. ¿Dónde cuando? Pucha que me había salido inocente Pancho el puestero. ¡Debés ser como esos milicos: alumno'e Don Bosco no más! (*La risita de PANCHO se hace ahora risotada*) Yo que vos no me reiría tanto. Me da un pálpito que el día que los soldados caigan por estas casas nos va a caer encima una desgracia muy grande.

PANCHO

No empecés ahora como ña Catalina.

NICETO

No, Pancho. Esto lo siento yo solo no más. Por eso no quiero denunciar al franchute.

PANCHO

Si es así, contá conmigo. *(Le extiende la mano, que NICETO aprieta)* Yo cuento con que vos saqués la cara por mí si el viejo se nos alza en contra.

*Al salir por izquierda, PANCHO tropieza con CLARA, que viene riendo a toda orquesta y trae una pava con un redondel de hierro en que apoyarla y un yerbero y azucarero, que luego dejará sobre una mesa de mimbre en el corredor.*

NICETO

¿Y vos por qué te reís?

CLARA

El mesié, trajeao de gaucho, está como pa pintarlo pa un almanaque.

NICETO

¿Y eso a voz que te importa, negra zafada?

CLARA

¡Es que me gusta con ganas! *(Vuelve a reír desordenadamente)*

NICETO

¿Y porque te gusta te le reís en la cara? ¡Ah, negra loca! ¡Andá, andá!

CLARA

¿Y qué le vi'a hacer si me gusta? Me raigo por eso no más: ¡de contenta!

NICETO

¡Bah! Vos sos capaz de reírte de puro asco. *(Esta observación hace salir una catarata de carcajadas de la garganta de la jocunda CLARA)* ¡¡Clara!! ¡Si no te podés callar andate, que me ponés nervioso con esa risa cretina!

BRENDA

*(sale por foro izquierda con una jarra de loza blanca en la mano y un trapo blanco en la otra)* ¿Y a quién no? *(A CLARA)* Menos mal que Monsieur Tredjeu tiene buen humor, que otro no aguantaría ese cacareo sin darte un revés. ¡Bien merecido que te lo tendrías! *(CLARA sale por foro izquierda, conteniendo la risa a duras penas)* *(A NICETO)* Menos mal también que tiene paciencia pa aguantar los celos y la envidia negra que te reconcomen el corazón dende la noche que llegó a esta casa.

NICETO

¿Yo? ¿Yo, envidia de un viejo como él? ¿Taría güeno!

BRENDA

¿Es eso tuito lo que tenés que decir en su contra, que es viejo? ¡Ah, Niceto! Aunque eso juera verdá, bien pobre es como reproche.

NICETO

Tengo otros, pero más vale callarse. ¿Pa qué vi'a decirlos? En esta casa hasta los perros se quedan embobados con ese borracho. Nadie piensa por qué razones habrá tenido que enterrarse n'estos pagos.

*LOUIS aparece por derecha, vestido de gaucho de la época, inclusive el inexplicable toque de las bombachas bordeadas de puntillas de "broderie anglaise".*

LOUIS

Lo de borracho lo acepto, aunque la cosa es pior que eso: necesito un trago para estar tranquilo, hasta para respirar. *(Levanta la botella de caña que lleva en una mano y el vasito que lleva en la otra)* La prueba, mi desayuno. *(BRENDA sacude leve e involuntariamente la cabeza en señal de reproche)* Pero para mi venida por aquí al Uruguay y al campo no tengo razón oscura ninguna, Niceto. Quería saber no más si en el campo pelado puede vivirse mejor que entre las máquinas y los lujos del mundo de ahora.

BRENDA

¿Y...?

LOUIS

Para que lo sepa a fondo tiene que pasar más tiempo. La verdadera razón es oscura para mí solo.

NICETO

*(con una mirada de desafío)* Es como dice doña Cata; mientras lo dejen hablar, no habrá quien le pise el poncho. Con permiso. *(Hace mutis por izquierda)*

BRENDA

Muy buenos días.

LOUIS

Buenos, Brenda.

BRENDA

(*mientras se ocupa en poner agua en la jaula de los pájaros*) Don Luis, ¿por qué se deja decir borracho?

LOUIS  
Es la verdad.

BRENDA  
Pero me lastima oírla. ¿No tiene goluntá pa dejar el vicio?

LOUIS  
Un vicio es un vicio, Brenda.

BRENDA  
¿Y por qué? ¿Un desengaño de amor?

LOUIS  
(*riendo*) ¡No! Tomo desde los once años.

BRENDA  
¡Virgen santísima! (*Pausa*) ¿Por eso no se ha casado?

LOUIS  
(*llenando un vasito de caña y echándoselo al coletto*) Por eso no. Al fin y al cabo, todos cojeamos de algún pie.

BRENDA  
¿Y entonces?

LOUIS  
Pa mí que hay dos clases de mujeres: sirvientas y patronas. Las primeras le cocinan y le lavan y le planchan a uno; reciben cada gesto de amor como una gracia del Emperador, y cuando uno dice “Lindo día ¿no?” o alguna frase histórica por el estilo se lo quedan mirando con la boca abierta. (*BRENDA ríe*) Esas no me sirven.

BRENDA  
Y las patronas tampoco, supongo.

LOUIS  
¡Las patronas! Esas se prenden de uno como aquel hombrecito que se montó en los hombros de Sinbad el marino y no lo soltaba ni de día ni de noche. “¿De dónde venís?” “Pucha que olés a bebida”. “¿Con quién estuviste?” “¿Qué vas a hacer?” “No te metas en ese negocio”. “No hables”. “No respire”. (*BRENDA vuelve a reír*)

Parece que el hombre hubiera sido hecho nada más que para satisfacerlas y servir las.

BRENDA

Tuitas no serán iguales.

LOUIS

Al principio, no; pero ¡déles usted un dedo!

BRENDA

*(poniendo los recipientes, debidamente llenos de agua, de vuelta en la jaula)* Y... ¿nunca se enamoró?

LOUIS

Me hice una idea una vez: pero luego vi que no era más que una idea.

BRENDA

Yo, patrona... no creo que fuera. ¡No sé!

LOUIS

¿Y esos pájaros?

BRENDA

¿Qué tienen que ver los pájaros? Están contentos ahí. ¿No los oye? Son la única alegría que tengo en esta vida.

LOUIS

Sí, pero ellos, ellos ¿qué alegría tienen?

BRENDA

Me quieren. ¡Yo también los quiero!

LOUIS

Pero la Madre Natura...

BRENDA

*(aquí le decimos Dios...)*

LOUIS

... les dio alas para volar. Y usted me los tiene presos, condenados de por vida.  
¡Pobres bichos!

*BRENDA lanza un hondo suspiro.*

BRENDA

Presos estamos tuitos, de un modo u otro.

LOUIS

Algunos llegamos a escaparnos algún día.

BRENDA

No sé qué le diga, don Luis. La soledá ¿no es por si acaso una cárcel?

LOUIS

Sí, pero hay que desconfiar del que no sepa estar solo. Uds. no saben, no pueden.

BRENDA

Hoy le toca a la mujer que le den duro ¿eh?

LOUIS

*(después de una corta risa)* A Ud. le hablo con confianza, Brenda. Como a un amigo... o un compañero de pieza.

BRENDA

Chas gracias, pero entuavía no he llegao a la edá en que le sale bigote a uno.

LOUIS

No se me amosque. Nunca supe hablar con las mujeres, qu'es mentir. Tengo esa forma de torpeza que llaman sinceridad. Pero no quiero que ahora que me voy, conserve un mal recuerdo de mí.

BRENDA

¿Se va? ¿A dos días del baile se nos va?

LOUIS

Sí, Brenda. No acostumbro a quedarme donde me demuestran odio.

BRENDA

¡No es odio! Es ignorancia, torpeza; ya se lo dije. A Niceto le hablo duro, pero yo sé que no es odio. ¡A lo mejor él es, de tuitos nosotros, el que mejor piensa de Ud.!

*(LOUIS suelta la risa)* ¡Sabe Dios lo que pasa n'el fondo de cada uno! Pero si acaban aquí sus muestras de recelo, si no lo molesta más, prométame que se quedará hasta el sábado, que es el día de la fiesta. ¡Hasta el sábado na más!

LOUIS

Bueno, bueno. A Ud. no hay quien le diga que no. ¡Hasta el sábado, entonces!

BRENDA  
Gracias.

*Con una sonrisa no exenta de amargura, y sin decir una palabra más, BRENDA hace mutis por foro izquierda. Pero al salir tropieza con Don PRUDENCIO en su silla de ruedas, que conducido por CATERINA entra a escena trayendo un mate en cada mano y sosteniendo en el regazo una fuente llena de tortas fritas. BRENDA besa a su padre.*

BRENDA  
Güenas, tata.

PRUDENCIO  
Güenos días, m'hijita. ¿Ande va tan apurada?

BRENDA  
Tengo que coser disfraces, tata.

PRUDENCIO  
¡Qué invento el del carnaval! Gente que se pone una careta pa poder mostrar su verdadera cara. (*BRENDA, riendo, sale. Don PRUDENCIO ve a LOUIS*) Güenos días, amigo.

LOUIS  
Y son buenos de verdad, don Prudencio. (*Inclinando la cabeza*) Doña Catalina...

CATERINA  
(*respondiendo al saludo*) Cada día el cinto y la bombacha parecen más amigos de su cuerpo. ¡Linda pinta de criollo!

PRUDENCIO  
(*con su punta de ironía*) Tan criollo como Ud.

CATERINA  
¡Mal me devuelve el piropo!

PRUDENCIO  
Eso es asigún se mire.

CATERINA

Yo sé que aquí siempre seré la gringa. Y lo tengo a gran orgullo, señor. En este momento más que nunca.

PRUDENCIO

Arte que tiene el amigo pa revivirle a Cata las glorias de Europa... aun criticando tuito lo que a ella la embelesaba.

CATERINA

Arte negra pero cierta. Pero eso es nada frente al arte de poner flores en esa cortina gris que es el futuro de Brenda. (*Señalando la fuente de tortas fritas que Don PRUDENCIO ha dejado sobre la mesa*) Mire como ha trabajao por usté la muy cuitada dende la salida'el sol.

*Don PRUDENCIO levanta la fuente ofreciendo una torta a LOUIS, que la acepta y riega con caña al comérsela.*

LOUIS

(*al echarle el primer mordiscón*) Es inútil, aquí no se puede abrir la boca para nombrar una cosa...

CATERINA

... porque ya se la llenan con ella ¿no?

LOUIS

(*ríe*) Precisamente.

CATERINA

Es usté como el pampero, que sopla y tuito se inclina.

LOUIS

Con la diferencia de que yo no soplo.

PRUDENCIO

¿Cómo que no sopla? Me ha tenido la noche enterita despierto con sus ideas de mejoras en la estancia.

CATERINA

(*irónicamente, mientras ceba un mate*) Tuito un campeón del progreso, este don Luis.

LOUIS

Si el progreso es la máquina, no. Yo he visto como esclaviza al hombre. Partidario del adelanto si Ud. quiere. Levantar un cerco para que no le roben el ganado a uno... comprar sementales buenos para mejorarlo... Eso ¿qué mal puede hacer?

CATERINA

*(irónicamente)* ¿Un matecito, Don Luis? *(Después de dar a PRUDENCIO el que acaba de cebar, ofrece una torta frita a LOUIS)* Esto se toma con mate, nunca con caña.

LOUIS

¡Mate amargo! *(Con un gesto de asco)* Puah.

CATERINA

Tiene que acostumbrarse. Rechazar un mate a los gauchos pa que crean que's por no chupar de la misma bombilla, es hacerles una ofensa mortal.

LOUIS

Mortal para mí, porque son capaces de matarme en duelo.

PRUDENCIO

*(riendo)* Piores cosas hemos visto por razones más nimias qu'esa.

CATERINA

Pero no se preocupe; también lo matan si los mira fijo, o si no los mira. La vida se cotiza baratita por estas tierras.

LOUIS

Poco me importa morir. Lo único que quiero es no saberlo de antemano. Por eso me alegro de que los espíritus y la luz mala se hayan callado desde que llegué.

PRUDENCIO

¡Es verdá no más! Parece cosa'e brujería.

CATERINA

En el cielo debe estarse cocinando algún golpe juerte; pero entuavía no sé de dónde pueda venir.

PANCHO

*(entrando por izquierda)* Güenos días nos de Dios. Con su permiso, patrón.

PRUDENCIO

Decí.

PANCHO

Quería saber no más si don Luis va a salir a caballo, pa ensillarle el potro qu'elija, porque tengo que dir a arreglar una tranquera ¿sabe?

LOUIS  
Montaré el de siempre no más.

PRUDENCIO  
No olvide que me prometió elegir uno pa llevarse cuando se vaya... si es que tenemos pronto esa desgracia.

LOUIS  
No lo olvido, don Prudencio. (A PANCHO) Vamos.

*CATERINA los mira con cierto recelo. Tras de una breve pausa, se renueva el rito de cebar y tomar mate.*

CATERINA  
Le desconfío a ese Pancho cuando se pone tan almibarao.

PRUDENCIO  
Es que ayer le pasé una capina que no olvidará en muchos días.

CATERINA  
Pero eso no lo hicieron adrede.

PRUDENCIO  
¿Hicieron quiénes?

CATERINA  
Y... los peones... Los que siempre hacen pagar la chapetonada al mozo'e la ciudá.

PRUDENCIO  
Los piones no tienen nada que ver.

CATERINA  
Bueno... Pancho entonces...

PRUDENCIO  
¿Y Niceto no?

CATERINA  
Niceto no. Yo pongo las manos en el fuego por Niceto.

PRUDENCIO

Eso me basta pa desconfiar entuavía más de él. Acordate de lo que te dije: como sepa que entre vos y él hay algún enjuague turbio, te meto en una diligencia y te mando a Montevideo a que arreglés sola.

CATERINA

(*zalamera*) Si tuvieras güena memoria y te acordaras lo feliz que te he hecho en otros tiempos, me darías unos pesos juertes para volverme a Europa pa siempre.

PRUDENCIO

¿Y aura de ánde viene eso? ¿Te créés que no sé que soñás con quedarte aquí de dueña el día en que yo muera? ¿Te créés que no sé como me deseás el fin?

CATERINA

Pues pa que veas que te equivocás, dame diez mil pesos y verás cómo me vuelvo a Europa como llevada por un pampero juerte.

PRUDENCIO

¡Ja! ¡Diez mil pesos! Encontrá quien me de diez mil por tierras y animales y le vendo tuito pero que de lo más gustoso. ¡Hasta por ocho mil si me apuran!

CATERINA

¡Virgen santísima! Cuando se dicen mentiras de ese calibre, se le debería caer la lengua al suelo al que habla.

PRUDENCIO

Pero vamo a ver un poco, ¿por qué te ha entrado de repente esa chifladura de Europa? ¿Qué te falta aquí? Espíritus no te faltan. Tenés a Brenda, qu'es como una hija pa vos; cama, comida y ropa has tenido siempre, y yo...

CATERINA

¡Sí, vos me servís de mucho metido en esa silla!

PRUDENCIO

Te sabía chiflada y contraria al hombre; pero nunca pensé que te agarraras a tus viejos rencores con esa dureza. A un hombre que está baldao no se le escupe así en la cara.

CATERINA

La vida es dura, no yo. ¿Qué tengo aquí que no sea de limosna? Decime.

PRUDENCIO

Mirá, gringa, tené cuidado con lo que hablás. Hay cosas que después de dichas uno no puede tragarse de vuelta.

CATERINA

No me obligués a decirles entonces. ¡Tengo que volver a Europa!

PRUDENCIO

En quince años nunca has mentao semejante cosa.

CATERINA

Nunca había venido aquí nadie como el francés, a recordarme de una manera viva tuito lo que es aquello. Aura la idea me arrastra... me arrastra con la juerza'e una correntada... Es el destino, Prudencio.

PRUDENCIO

Andate a Montevideo, entonces... hacete repatriar por tu gobierno...

CATERINA

¡La Fogliani mendigando la caridad oficial! ¡Linda entrada en escena! ¿Qué otro recurso se te ocurre: que lave sábanas en el barco pa pagarme la vuelta? ¿Eh?

PRUDENCIO

Yo, Caterina... la verdá sea dicha... no quiero que te vayás. Vos no te habrás percatao, porque poco te importa lo que me pase; pero yo sé que no me queda mucho'e vida. Imaginate lo que sería de mi pobrecita hija enterrada aquí con ese loco'e Niceto. El campo es muy triste pa una mujer sola, una mujer que pa pior nunca ha dado fruto como ella.

CATERINA

Muy bonita la letra'esa vidala, pero la música no la conozco. ¿Quién tuvo nunca compasión de mí?

PRUDENCIO

¡Compasión! ¿Vos la habrías aceptao? No me jorobes la pava. Aquí estás con nosotros, como alguien de la casa; y estás como algo necesario pa la casa. Dende que me pasó lo que me pasó, la vida habría sido diez veces más negra y triste pa tuitos nosotros de no existir aquí tus cuentos, tus visiones, tus disparates. O verdades, porque sabe Dios lo que son. Y ese perfume que usás es el único que no huele a quilombo barato por estos alrededores.

CATERINA

La cuerda qu'estás tocando, Prudencio, es la que no funciona ya en mí. Cha que el tener cerca a la muerte hace olvidadizo al hombre. Soy dura, sí, ¿y qué? ¿Por qué no vi'a serlo? La vida es un "intermezzo" corto dentro de una ópera larguísima.

(*Señalando al cielo*) Lo sé pero que de fuentes muy autorizadas. Por eso no me preocupa la muerte de nadie, y menos la tuya.

BRENDA

(*entrando*) ¡Jesús! ¡Doña Catalina! Hay palabras que Ud. sabe muy bien que no se deben decir. Las palabras despiertan ideas, y las ideas se le pueden meter al hombre en el pecho, que es donde lo roen.

CATERINA

(*cortante*). Creí que estabas cosiendo.

BRENDA

Vine a preguntarle si no tendría hilo verde por un casual. (*Mirando a izquierda*)  
¿Pero qué pasa? ¡Virgen santísima! (*Sale corriendo por izquierda*)

PRUDENCIO

¿Vos ves algo?

CATERINA

Están lejos, pero me parece que es el francés, y que entre Niceto y Pancho lo traen... lastimado o herido.

PRUDENCIO

¡Están lejos, y te parece qu'es el francés! Vos de lejos no ves ni tres en un burro. Yo diría que sabías de antemano lo que iba a pasar. Y lo que iba a pasar... es obra de Niceto ¿no?

CATERINA

Te he dicho que no. ¿Por qué Niceto? Con seguridad que es otra caída del caballo... un rasguño... cosa'e nada.

PRUDENCIO

Si es más que un rasguño, y llego a saber que Niceto ha sido el causante, no sólo no lo reconozco como hijo sino que lo echo de aquí. En cuanto lo agarren los soldados de Latorre y lo metan en el cuartel, ya verá lo que es hacerse hombre di una güena vez. (*BRENDA, casi sin aliento, entra corriendo por izquierda y sale, también corriendo, por foro izquierda*) ¡Tan cosa'e nada nu ha de ser cuando Brenda se ha puesto así!

CATERINA

Ahí vienen. El francés ya camina solo. ¿Qué te decía?

PRUDENCIO

¡Yo te digo que esto es obra de Niceto!

CATERINA

Y yo te juro que no.

PRUDENCIO

¿Sobre qué Biblia? ¿Con qué base lo jurás? ¿Es tu sobrino Genaro el que te lo está soplando desde el espacio astral?

CATERINA

*(con un suspiro de alivio al ver la salida que PRUDENCIO la da)* Vos sabés qu'ellos ven más que nosotros, Prudencio.

*Entra LOUIS, con la camisa rasgada y manchada de sangre en la espalda y en la manga izquierda, sostenido por PANCHO y por NICETO, sobre cuyos hombros se apoya con ambos brazos.*

PRUDENCIO

¡Jesús! ¿Qué le ha ocurrido, don Luis?

NICETO

El potro lo tiró junto al alambre de púa. ¡Cosas que pasan! Nadie lo pudo evitar.

PRUDENCIO

Se lo preguntaba a él. Dejalo hablar ¿querés?

LOUIS

Un poco de agua, por favor.

CATERINA

Andá a traérsela, Niceto.

LOUIS

No, gracias.

PRUDENCIO

¿Por qué no la quiere de sus manos?

LOUIS

Por nada... Su hija la va a traer ahora con toda seguridad.

PRUDENCIO

*(mirando a PANCHO y NICETO)* ¿¿Pero qué le han hecho al forastero??

NICETO

Nada, tata. ¿Cómo se le ocurre?

PRUDENCIO

Mirá, vos podrás ganarle en algunas cosas a un gaucho viejo e impedido como yo; pero nunca en lo ladino. Algo muy grave deben haberle hecho al forastero pa que tenga miedo de encontrarse con algún veneno en el agua. (A LOUIS) ¿O no es eso lo que ha querido decir?

LOUIS

Veneno, no. Yo lo único que sé es que entre los dos me eligieron un pingo atravesado y medio salvaje para matarme.

CATERINA

¡Falta a la verdad!

LOUIS

¿Cómo lo sabe? ¿Acaso es por orden suya que se hacen estas cosas en la estancia?

CATERINA

Lo digo... porque me parece inconcebible no más.

PRUDENCIO

(fuera de sí) ¡Ya me lo imaginaba! ¡Bestias! ¿No tengo prohibido que se le ofrezca ese potro a nadie?

PANCHO

Y... jué... jué una equivocación, don Prudencio.

NICETO

Yo estaba en los corrales, lejos. No tengo nada que ver.

PRUDENCIO

Esa "equivocación", Pancho, te cuesta irte de la estancia a fin de mes.

PANCHO

Aura mesmito si quiere.

PRUDENCIO

Eso sería muy fácil. (LOUIS se recuesta trabajosamente en el suelo, casi boca abajo)  
Llévenlo a la cama.

LOUIS

No, gracias, hace mucho calor ahí dentro. Ya se me pasará.

PRUDENCIO

(A *PANCHO*) Vos te dirás cuando te hayamos encontrado un reemplazante.

CATERINA

¿Ande? ¿Ande hay un puestero como Pancho en cien leguas a la redonda?

PANCHO

Ese es asunto que tendrá que resolver Don Prudencio. Repito que yo no tengo la culpa de lo que le haya pasado a Don Louis.

PRUDENCIO

Entonces ¿quién te dictó esa equivocación? ¿Fue Niceto? ¡Hablá!

NICETO

¿No le digo que yo estaba en los corrales?

LOUIS

Pancho, si esto ha sido idea suya, dígame: ¿qué motivo tiene para odiarme? No puedo creer que en este campo, en esta tierra, que yo tanto quiero, la gente sea tan salvaje que quiera matar a un hombre porque viene de otras tierras o porque no habla como los de aquí.

CATERINA

No piense eso, don Luis. Yo me he pasado años despotricando contra estos gauchos brutos; pero cuando quieren matar a alguien lo retan a duelo y por lo menos le dan oportunidad de defenderse.

LOUIS

Entonces, Niceto, ¿porqué hacerle esto a quien se ha dirigido a Ud. queriendo únicamente su bien?

NICETO

(*con un grito herido*) ¡No me hable como si jura mi padre, qu'eso es lo que menos le puedo aguantar!

PRUDENCIO

¡Ah, alma negra! ¡El que clava el puñal por la espalda no es hijo mío! ¡Yo siempre he sido derecho y limpio con tuito lo que emprendía!

NICETO

*(sacando a PANCHO el facón de la vaina y arrancándole el poncho que lleva alrededor del cuello, cosas que tira enseguida a los pies de LOUIS) ¡Ahí tiene! ¡Defiéndase!  
(Desenvaina su facón y se enrolla su propio poncho en el brazo, aprestándose a pelear)*

CATERINA

Pero... ¿Pero estás loco? El sol te debe haber quemado el cerebro, Niceto.  
*(Avanzando para interponerse entre ambos) ¿Qué te ha hecho este hombre? ¿No podés dejarlo que se vaya en paz?*

PRUDENCIO

¡Es que no se irá! Aquí se lo ha agraviado y herido. Hasta que no esté bien y no me acete tuitas las excusas que pueda darle, no se irá. *(CATERINA y NICETO cambian una mirada relampagueante)* ¡Pero vos sí te irás de esta casa, y pa siempre! ¡Vos no sos m'hijo ni podés haberlo sido nunca!

NICETO

La cosa no es con Ud. ¡Hablo con el forastero! *(A LOUIS)* ¡Pelee si es hombre, carajo!

*Al enarbolar NICETO su cuchillo LOUIS corre hacia él y, de un inesperado rodillazo en la mano, se lo hace caer al suelo.*

LOUIS

¡El fierro no, nunca!

*Luego le da dos soberanas trompadas en la mandíbula, como consecuencia de la segunda de las cuales NICETO, describiendo una espiral, cae lenta y artísticamente al suelo.*

LOUIS

En todo el mundo civilizado se pelea así, a puño limpio ¿sabés? *(Se agacha, toma a NICETO por el cuello de la camisa y lo sacude)* ¿Me oís? ¡Nadie tira a matar sino cuando le han pisoteado el honor! ¡A puños limpio! ¿Me has oído?

*NICETO, luego de sacudir la cabeza para espabilarse, se incorpora y, mirando con odio a LOUIS, dice:*

NICETO

¡Aura sí vi'a hacer lo que tengo que hacer! ¡Y no soy yo el que lo quiere!

*El muchacho sale tambaleándose por izquierda mientras LOUIS, agotado por el tremendo esfuerzo que ha hecho, se desploma en la*

*silla y entra BRENDA con una pequeña palangana, una pava, hilas y árnica.*

BRENDA

Perdón. No he podido encontrar la tintura de yodo. *(Mirando alternativamente a LOUIS y a NICETO, que se aleja)* ¿Y aura qué pasó?

CATERINA

*(mirando a su vez a LOUIS con una sonrisa irónica)* Nada. Una pequeña demostración de lucha a puño limpio. ¡Caramba con las innovaciones del visitante! Pero me parece que ésta del puño limpio va a costar un poquito pa implantarse. Aquí los muchachos se divierten de tarde en tarde, pero cuando se deciden, lo hacen a fondo, ¡hasta el mango!

TELÓN

INTERMEZZO II

*Al bajar el telón se ha hecho la oscuridad en la sala, y en la sombra un altoparlante arroja la*

VOZ DE ARRAIZ

¡Pulpero! *(Golpe sobre una mesa)* ¡Eh, pulpero! ¿Ta dormido o qué le pasa? ¡Hace como media hora que le pedimos fariña! Llévese esta carne y póngala un ratito en las brasas, que debe estar fría. Muévase. Nos tenemos que dir dentro de veinte minutos. ¿Oyó? Y ya las armas se nos empiezan a poner nerviosas en el cinto. *(Ríe con Ordóñez)* ¡Mirá, mirá! ¡Salió como alma que lleva el diablo! ¡Qué tipo! Tenía la oreja parada dende que llegamos. Y ahora escuchame, Ordóñez.

VOZ ORDÓÑEZ

¿Y ese muchacho que está en la mesa d'enfrente? Tenga cuidado, comandante.

VOZ ARRAIZ

Ese duerme la mona dende antes de entrar nosotros. ¿No ves lo frito qu'está? Escuchame. Esto te lo digo a vos solo, porque si alguien se chiva, se nos escapa el pájaro ¿entendés? Vamo a salir en busca de un francés que ayudó a un cajetilla'e la capital a intentar escaparse'e la conscripción. Al muchacho lo agarraron malherido, pero antes de que muriera de la gangrena lo hicieron cantar.

VOZ ORDÓÑEZ

Raro que se trate de un francés ¿no? Porque los espías siempre son ingleses.

VOZ ARRAIZ

¡Andá a saber vos! Pa mi basta con decir “extranjero” y ya sé que es sospechoso. Este francés venía en la diligencia que se quedó atascada en el puente del Río Negro en esa creciente fiera de la semana pasada. Él se salvó, y al conductor lo dieron por muerto. Pero se equivocaron. Hoy nos lo vino a decir un quintero que lo tiene en su rancho. El hombre vino también con el dato de que el francés había rumbeao pa la estancia de Don Prudencio Rojas.

VOZ ORDÓÑEZ

¿La Mercé?

VOZ ARRAIZ

Esa misma. P'allá vamos, voz adelante, con diez hombres, y yo un poco más atrás con otros diez, por si se resisten. Si encontramos al pájaro ese antes que levante el vuelo, ¡ya vas a verlo a Don Prudencio salir de su silla'e ruedas corriendo con la velocidad de la liebre y agarrándose los calzones no más!

*Los dos hombres ríen con una risa mezcla de soez y de siniestra, que se desvanece en la atmósfera mientras se encienden las luces sobre el*

#### CUADRO IV

*La escena es la misma. Son las nueve de la noche y, terminada la comida, la larga mesa de la glorieta, de la que se han retirado los manteles, sirve para la tertulia de LOUIS y de Don PRUDENCIO, que están jugando al trunco, y para la ansiosa vigilia de CATERINA. Esta última distrae su inquietud echando las cartas y chistando intermitentemente a una lechuza inmóvil que tiene junto a sí, encaramada a un pedestal de madera.*

LOUIS

*(mirando un vasito lleno de licor rojo, que sostiene en el aire)* El guindado oriental éste es todo un descubrimiento. *(Mirando la botella vacía)* Lástima que lo bueno se acabe pronto.

PRUDENCIO

No se aflija, que eso ya estaba previsto. *(Alzando la voz)* ¡Clara! ¡Clara!

CATERINA

Shhh.

PRUDENCIO

Como vuelvas a chistarme, la botella sale volando p'allí.

CATERINA

¿Estás loco? Le chistaba a la lechuza, p'hacer un poco'e conversación. (A LOUIS)  
¿Sabe, don Luis, que apenas echo las cartas esta noche aparece Ud.?

LOUIS  
¿Y cómo me reconoce?

CATERINA  
Es el mocito éste con la copa, pues. (LOUIS ríe) Y enseguida las cartas de alrededor se llenan de mensajes.

LOUIS  
(después de concentrarse un momento en su juego) Esta es mi noche de suerte.  
Contraflor y al resto, Don Prudencio.

PRUDENCIO  
¡Y me ganó otra vez no más! ¡Ya esto se pasa de castaño oscuro!

CATERINA  
(a la lechuza) Shh. (Don PRUDENCIO vuelve a levantar el brazo como para tirar a CATERINA el vasito que tiene en la mano) Otra vez la bendita sota. (Volviéndose de repente a la izquierda, lanza un grito de voluptuosidad y echa la cabeza hacia atrás) ¡Ahhh!

LOUIS  
(A Don PRUDENCIO, bajando la voz) ¿Qué le pasa a doña Catalina?

PRUDENCIO  
Será algún espíritu amigo que le ha hecho una cosquilla muy especial.

CATERINA  
(hablando, también en voz baja, a un interlocutor invisible) No se me vaya, por favor. Ahora mismo transmitiré su mensaje. Pero Don Louis es un hombre difícil. ¿Cómo convenzo yo de repente a un librepensador de que cada uno de nosotros tiene espíritus protectores, y que el de él es... (mirando fijo hacia lo alto) un personaje impresionante?

PRUDENCIO  
(llamando nuevamente a grandes voces) ¡Clara! ¡Clara! (Con su tono natural) En el truco, don Luis, no hay quien lo pueda.

LOUIS  
Y a usted en la hospitalidad.

CATERINA

Don Luis... ¿No puede arrimarse un momento a este lado de la mesa? Tengo un mensaje que darle.

LOUIS  
(yendo hacia ella) ¿Un mensaje?

CATERINA  
Sí, venga. (Levanta los ojos como si escuchara algo que alguien le dicta) Oígame bien. Por espacio de tres días no tiene que hacer ningún movimiento brusco.

LOUIS  
¿Y eso en qué carta está escrito?

CATERINA  
¿Ud. cree que yo revelo así no más mis secretos profesionales?

LOUIS  
Me imagino que no. Perdón. Y si hago un movimiento brusco, ¿cuál es el peligro?

CATERINA  
Su muerte. Pero como sabe usted muy bien, todos nosotros podemos evitar nuestra muerte. O postergarla. Hay que enterarse primero pa cuándo está fijao el día, y después hay que concentrarse y concentrarse y concentrarse.

LOUIS  
Sencillita la cosa ¿no?

CATERINA  
Pa mí, ¡sencillísima! Un momento.

*CATERINA dispone tres filas de cartas sobre la mesa, mientras LOUIS, en silencio, la mira hacer. Mientras tanto entra CLARA con una botella de guindado y, desenfadadamente, la sacude en el aire ante los ojos de LOUIS como quien anuncia buenas nuevas.*

PRUDENCIO  
(A CLARA) ¡Ah, negra desfachatada! ¿Qué maneras son esas de traer una cosa?

CLARA  
¿Y qué tiene? El joven Niceto dice que aquí tuitos semos ciudadanos de la misma democracia.

PRUDENCIO

¡Cara'e ciudadana tenés vos! Dejate de citar lo que dice Niceto, que ya nada tiene que ver con esta casa.

CLARA

¿Es pa siempre entonces? ¡Qué disgracia! Porque si don Luis se va también ¿quién me queda de güen mozo pa relamberte qu'estás de güevo?

PRUDENCIO

Te quedo yo, desorejada, y si no te gusta seguilo no más a ese retobao, que ya es hora de que en esta casa empiece a haber un poco'e respeto.

CLARA

Oh, respeto hay, respeto hay ¡del año que pidan! (*Con aire de autoconmiseración*) Dificulto que en tuita la Banda Oriental haiga una china más respetada que yo.

PRUDENCIO

(*estallando involuntariamente en una carcajada*) ¡Ah, negra loca! (*Ligera pausa*) ¿Cómo dejaste a la niña Brenda?

CLARA

Se acostó. Dice que la jaqueca se le está pasando, patrón.

PRUDENCIO

(*llenando de guindado un vasito*) Andá, llevale esto a Don Louis.

CLARA

¿Puedo llevar también la botella? Yo digo ¿no? porque total, si la llevo me ahorro una punta'e viajes.

PRUDENCIO

Llevala, llevala, ¡andá ¡Ah, flojera criolla, que va a acabar por comernos a tuitos!

*CLARA va al otro extremo de la mesa con botella y vaso y sirve a LOUIS, a quien mira mientras tanto exhalando un hondo suspiro, mientras CATERINA, terminada su "concentración", empieza a hablar al huésped. Antes que ello ocurra, CLARA hace mutis por foro izquierda.*

CATERINA

Güeno, pues el peligro pa usté está dentro'e los tres días que vienen. Si se juera aura mismo, se libraría de él; pero haga lo que haga, algo le impide salir.

LOUIS

(*con un dejo de ironía*) ¿Las heridas? Me molestan y arden como el demonio; pero tanto como impedirme...

PRUDENCIO

Se lo impediría yo. Pa que lo dejara dirse, don Luis, tendría que materializarse aquí mi tata de cuerpo entero y ordenármelo. Pero las ánimas se dirigen a Caterina no más.

CATERINA

Las ánimas saben con quién se meten... (*A LOUIS*) Hay un obstáculo pa que se vaya, pero no está en Ud. Son hombres... hombres que se ocultan detrás de varios árboles... En la noche brillan los botones de sus casacas.

PRUDENCIO

(*con cierta mordacidad, pero alegremente*) Me gusta que cuando hay que meterse con un acertijo, sea difícil como este. Esos hombres ¿no serían militares por un casual?

LOUIS

Y si son militares ¿por qué me cierran el paso?

CATERINA

¡Ah! Usté sabrá lo que ha hecho.

LOUIS

(*como buscando dentro de su conciencia*) Fernando, el muchacho del Hotel Piramides... ¡Ah, ya veo! ¿A eso le llama Ud. visiones? ¿No será mejor decir recuerdos?

CATERINA

Hay visiones también, y muy claras. Otras zonas de su vida, el pasado, por ejemplo... eso es tuavía más fácil de ver. (*Se queda mirando a LOUIS con una sonrisa enigmática*)

LOUIS

Vamos al pasado entonces. ¿Qué me sucedió de niño que ha influido luego sobre mi vida entera? Ese es un secreto que nadie ha sabido nunca.

CATERINA

Las ánimas lo saben. Por más que Ud. se ha empeñado en borrarlo, está ahí, siempre presente ante Ud. (*Una pausa*) ¿Sigo?

LOUIS

Siga.

CATERINA

Güeno, pues. A los siete años, en esta estancia' el Salto en que se crió, le tocó ver un duelo a facón pelao entre dos borrachos que quedaron muertos.

LOUIS

*(con vehemencia)* ¡Ud no le ha oído eso a un espíritu! ¡No es posible!

CATERINA

*(con burlona seriedad)* Claro que no. Lo dicen las cartas. Pero no mienten ¿eh?  
*(LOUIS, cubriéndose la cara con las manos, mueve afirmativamente la cabeza)* En qué quedamos: ¿mienten o no mienten?

LOUIS

¡No mienten! Esa fue la primera vez que vi morir a alguien. Horrible, porque a esa edá empecé a pensar todo el tiempo, como un loco, para qué nacemos y para qué vivimos.

CATERINA

Un poco temprano ¿no? Y desde entonces le tiene un miedo cerval al arma blanca, que al mismo tiempo lo atrae... lo atrae...

LOUIS

¡Eso no es verdad! ¡Lo odio! ¡Odio todo lo que sea cuchillos y sangre!

CATERINA

Lo odia, pero lo atrae.

LOUIS

¡Cállese! Ud. ha removido algo que yo creía enterrado para siempre.

CATERINA

Fue Ud. que me hizo la preguntita ¿no?

*LOUIS empina la botella de guindado y bebe de ella, sin responder.  
Hay una pausa.*

PRUDENCIO

¡Qué Casandra ésta! Dejá los cuchillos a un lao y hablale un poco de amor, que d'eso tuito queremos saber.

CATERINA

(después de otra pausa, en que mira a las cartas) De amor... nada. (LOUIS le echa una mirada fulminante) En su vida esa es una página en blanco. Mujeres por una noche o dos... Una sola llega a la tercera noche. ¡Y qué mujeres!

LOUIS

(ríe y echa la cabeza hacia atrás) Mujeres de todos ¿qué quiere Ud.? Siempre me parecieron más honestas que las otras. (Pausa) ¿Y en el futuro? ¿En el futuro no hay ningún cambio?

CATERINA

Un hombre como usted merece la verdad. No. No hay cambio. Ud. muere sin conocer el amor. Porque el amor es querer uno mismo, y hay algo que le impide a Ud. querer.

LOUIS

Será que no me encuentro digno...

CATERINA

(echando cartas) Será. De todos modos, ese es su destino.

LOUIS

Bien querría creer en lo que me dice, doña Catalina, pero para creer tengo que ver ¡que ver!

CATERINA

¡Ah, hombres ciegos d'este siglo del progreso, materializaos hasta el tuétano! Ud. verá lo que es ese mundo cuando deje éste, y no antes. Pa ver hay que tener un sexto sentido ¿sabe?

LOUIS

¿Y qué vendría a ser eso? ¿Una cítara arrumbada en un desván; un instrumento mágico que ya nadie sabe tocar?

CATERINA

Algo así.

PRUDENCIO

¡Bah, bah, bah! A los que lo tienen ¿de qué les sirve? Viven más entuavía con el Jesús en la boca que los demás. ¿Te ha dado a vos ese sexto sentido una idea clara de lo que son el mundo y la vida y la muerte?

CATERINA

Sí me ha dado. ¿O me crées lela?

LOUIS  
Diga entonces ¡diga!

CATERINA  
¡No atropellen así, compadre!

*LOUIS y Don PRUDENCIO ríen. Ella lanza un hondo suspiro.*

CATERINA  
Yo sé positivamente qu'este mundo en que vivimos es el infierno; que el período larguísimo porque pasa un ánima antes de meterse en otro cuerpo es el purgatorio, y que el cielo es algún otro planeta ande uno se reencarna por última vez, cuando es güeno de verdá y está pronto pa vivir de un saque trescientos o cuatrocientos años en la verdadera gracia'e Dios.

PRUDENCIO  
*(sonriendo después de una ligera pausa)* En resumidas cuentas, lo mesmo que la Biblia, pero ¡qué güelta de la madonna que me le das!

CATERINA  
Yo no, la Biblia. A los taquígrafos de los profetas se les deben haber entreverao varias tablillas.

LOUIS  
*(ríe)* ¡Qué doña Catalina! ¡El cielo, un planeta habitado! ¡Como si no supiéramos que los gases hacen imposible la vida en otros planetas!

CATERINA  
¿Quién dice eso?

LOUIS  
La ciencia.

CATERINA  
¡Bah! La ciencia es una vieja loca. ¿No afirmó en una época que la tierra era plana, y no mató a los que sostenían lo contrario? *(LOUIS y Don PRUDENCIO ríen)*  
¡Quién sabe qué barbaridades hace entuavía la ciencia antes de llegar a reconciliarse con la idea de Dios!

PRUDENCIO  
Vea Ud. ánde nos ha llevado una simple preguntita a las cartas de Caterina.

LOUIS

No tan simple, no tan simple. ¡Cada respuesta deja tanto que pensar! Pero hay algo que yo querría saber, si es que se puede: para qué vine a este mundo. No es posible que los hombres nazcan y mueran porque sí.

CATERINA

Esta vez su visita es rápida y un poco improvisada, *monsieur*. Ud, ha venido a la tierra p'hacer que dos almas conozcan el amor.

LOUIS

¿Sin saber yo darlo?

CATERINA

Lo da; lo que pasa es que usted se desparrama. ¿No le dije ya que enamora a tuitos y sin darse cuenta?

LOUIS

¿Y dónde están esas almas?

CATERINA

Aquí en la Banda Oriental: un hombre y una mujer.

PRUDENCIO

(*riendo*) ¡Pa los maniadores!

CATERINA

Por eso vino como arrempujao aquí. Habría acetao o inventao cualquier misión con tal de venir.

LOUIS

Y eso lo dice su... visitante del otro mundo.

CATERINA

Qu'es su espíritu protector. Un guerrero francés famoso hace cuatro siglos.

PRUDENCIO

¡Don Luis no lo hace por menos!

LOUIS

Si yo pudiera ver; si pudiera creer en eso... ¡ah, qué deslumbramiento! ¡Qué miedo, pero qué deslumbramiento! Todas las angustias de este mundo parecerían nada. ¡Todo tendría sentido! (A CATERINA) Como lo debe tener para Ud.

[... A PARTIR DE LA PÁGINA 73 SE INTERRUMPE EL TEXTO MECANOGRAFIADO, QUE RECOMIENZA EN LA PÁGINA 95, AL INICIO DEL ACTO III]

Acto III  
CUADRO VI

*Sábado de carnaval. En la escena en penumbra, juegan con agua CUCHO y TATO, entre grandes gritos de los espectadores al parecer escondidos. Son dos muchachitos entre 9 y 10 años.*

CUCHO

(A TATO, que acaba de sacarle el cuerpo una vez más) ¡Ah, hijo'e lobizón y perra!

TATO

¡Esos son tus agüelos!

CUCHO

(*corriendo*) Si quiero, te reviento esta vejiga encima dende una distancia de diez metros.

TATO

(*id. id.*) ¡Hacelo!

CUCHO

¡No quiero!

TATO

¡Ja, ja! Tán verdes, dijo la zorra.

*Con un chorro de agua que le larga a la distancia, logra despegar la mitad del bigote de CUCHO.*

CUCHO

¡Ahijuna! ¡Dejá que te pueda apuntar a esa careta y verás cómo queda!

TATO

¡Si me arruinás la careta te mato!

CUCHO

¡Vas a matar, vas a matar! ¿Y la de padrenuestros que te harían rezar después eh?

TATO

Ahí está la pelotita (*De otro certero golpe de su regadera consigue abatir completamente los bigotes de CUCHO*) ¡Pero ahora sin bigote no engañas a nadie! ¡Cualquiera ve que sos Cucho!

CUCHO

(*recoge sus bigotes y sale corriendo detrás de TATO*) ¡Cha digo! ¡Por qué estará tan linda esta vejiga, y tan blandita!

*Carcajada general. Tras dos o tres segundos de pausa, TATO vuelve a cruzar la escena de derecha a izquierda.*

TATO

¡Andá, andá! ¡Vos sos como uno de esos generales que no dan batalla por no ensuciar un cañón nuevo!

*Las risas redoblan. Al morir, empiezan a encenderse las luces en el dormitorio de BRENDA. CATERINA está enfundándose en uno de los pocos trajes de "soirée" que conserva de su época de gloria. BRENDA, vestida de dama de 1810, trata inútilmente de dar animación a su rostro con un poco de colorete.*

CATERINA

¡Putá que es difícil meterse en un traje de hace 25 años!

BRENDA

¡Por Dios, doña Catalina, fíjese en lo que dice!

CATERINA

¿Qué dije?

BRENDA

Putá.

CATERINA

¿Y qué hay? No te lo dije a vos. (*BRENDA rompe a llorar*) ¡Pero Dios bendito! ¿Cómo podés ser tan inocente pa darte por aludida?

BRENDA

(*levantando la cabeza bruscamente*) ¿Qué quiere decir?

CATERINA

Que sé perfectamente lo que pasó antenoche entre el francés y vos. (*Dándole la espalda*) Prendeme ese broche de la cintura. Si conseguís prenderlo me olvidaré pa siempre del episodio.

BRENDA

(*intentando la operación propuesta*) Quieta un momento. Si se quedara un minuto sin respirar...

CATERINA

¿Un minuto sin respirar? No faltaba más. ¡Pa qué es soprano uno!

BRENDA

(*prendiendo el broche después de un esfuerzo*) Creo... humm... creo que ya está. (*Baja la voz*) Así que Ud. sabe lo que pasó. ¿Tanto se me nota en la cara?

CATERINA

(*después de volver a reír*) ¿Se desprendió?

BRENDA

No.

CATERINA

¡Entonces me puedo reír! ¡Lo que me voy a divertir esta noche! (*Se vuelve*) Dejame ver ahora si con esta armadura y todo puedo cantar. (*Entona los primeros versos de un aria de "Iphigénie en Tauride"*) "Oh toi -qui prolongéas mes jou-ours -re-pre-ends un bien que je déteste -Dia-a-ne!" (*Vuelve a dar la espalda a BRENDA*). ¿Y aura, qué?

BRENDA

El broche aguanta.

CATERINA

Nos aguantamos, nos aguantamos. Es más de lo que se podría haber esperado. (*BRENDA vuelve a llorar*) ¡Si será ingenua! ¿Pero vos crees que en esa cara de sauce llorón se te puede notar la felicidad de haber estado con un hombre?

BRENDA

(*volviendo a levantar la cabeza*) ¿Cómo lo ha adivinado entonces?

CATERINA

Yo no adivino anda. De algo me sirve tener tanta confianza con los espíritus.

BRENDA

¡Los espíritus no pueden llevar y traer chismes de esa naturaleza!

CATERINA

¿Por qué no? ¿No te das cuenta de que unos pocos cientos de años atrás eran personas como vos y yo?

BRENDA

¡Qué horrible, sentirse espiado en el momento de su vida que uno quiere tener más secreto!

CATERINA

No tan horrible, ché. Porque los espíritus cuentan lo que han visto; pero no son como Fidela Roccatagliata, que además de contar, opina.

BRENDA

*(riendo sarcásticamente en medio de sus lágrimas)* ¡Menos mal!

CATERINA

Secate esas lágrimas. Esta debía ser la noche más feliz de tu vida.

BRENDA

¿Después de 48 horas en que él no se ha dignado acercárseme ni una sola vez? ¿La noche en que con toda seguridad se va dir de aquí pa siempre?

CATERINA

Yo no sé en cuántas fiestas habrás estado en tu vida; pero lo que sí sé es que ésta será la primera en que formes pareja con un hombre que, quieras que no, te va sacar a bailar. Es mejor que contar las moscas que se paran en las masitas ¿no? *(BRENDA vuelve a romper en un sollozo)* ¡Ta, ta, ta! Me voy a poner algodones pa no oírte. *(Probándose un collar de fantasía de los que lucía en el teatro)* Este es el favorito de Bergendal, que con seguridad me estará esperando en los corredores.

BRENDA

¿Qué Bergendal?

CATERINA

Ese joven belga del que te he hablado otras veces, ese que no se pierde una representación. Si me invita a comer fuera esta noche, le diré que sí. *(Se prende el collar)*

BRENDA

*(con alarma)* ¡Doña Catalina!

CATERINA

¿Cómo doña Catalina? Soy Caterina Fogliani, “prima-donna” de la Ópera-Cómica, del San Fenice, de la Scala.

BRENDA

¡No! ¡Ya no lo es! ¡ Hace muchos años que no lo es! ¡Por favor, por favor, doña Catalina! ¡No se deje arrastras así por la imaginación!

CATERINA

¿Y quién sabe dónde está la imaginación y dónde la realidad? Andá, llamá a Ivette pa que me ayude.

BRENDA

*(casi fuera de sí)* ¡Aquí no hay ninguna Ivette!

CATERINA

¿Cómo que no? ¡Mi “habilleuse”! ¡Si ella no está aquí no puedo salir a escena!

BRENDA

¿A qué escena? ¡Me da miedo oírla! ¿De qué escena habla?

CATERINA

*(con un guiño y una sonrisa)* De esa rutilante escena del patio de la estancia “La Mercé”, donde con música de un organillero ambulante vamos a rozarnos los codos de un momento a otro con la nobleza del lugar.

BRENDA

*(con una risa de alivio)* ¡Ave María! ¡El susto que me hizo pasar!

CATERINA

¡Ah! ¿y que te creés? ¿Qué me estaba golviendo loca del todo? ¡Ja, ja! Eso querrían muchos aquí. Y sería muy cómodo, sobre todo pa mí. Pero entuavía tengo que dar mucha guerra en este mundo.

*BRENDA se quita de pronto el peinetón de carey.*

BRENDA

Yo no puedo seguir con esta farsa.

CATERINA

¿Qué farsa?

BRENDA

¡Míreme! Este es el traje que llevó mi bisabuela a un baile del virrey de Buenos Aires. Era bonita, joven, feliz. ¡Pero míreme a mí! Una mujer seca y gris que tiene que renunciar pa siempre a tuita esperanza. Una solterona que ni siquiera por desesperación, entregándose a un hombre, ha podido retenerlo.

CATERINA

¿Y que querés, dominar tuita la teoría y práctica del amor en tres horas? ¿Con lo bestias que son los hombres? No hay uno solo que le enseñe a una mujer la gama completa del placer, con paciencia, con ternura, en el curso de semanas y de meses. En cambio tuitos esperan que, sin poner nada'e su parte, los asista la magia, canejo; porque magia tiene que haber en el hecho de acostarse con una virgen y levantarse unas horas después con Lucrecia Borgia, que es lo que se imaginan ellos que va a pasar.

BRENDA

*(temblorosamente)* Entonces ¿Ud. piensa que la culpa no es mía?

CATERINA

¡Pero infeliz! ¿Qué culpa podés tener vos? Sabe Dios lo que pasa en el corazón de un hombre que se anda buscando a sí mismo y que se resiste como una fiera a quedar atado a las tiras del delantal de una mujer.

BRENDA

Pero podría haberme dicho algo... no dejarme con esta horrible sensación de fracaso... Yo no puedo estar en el baile con el corazón caído por los suelos. ¡No! ¡No quiero verlo más! Ud. que ha vivido *(CATERINA levanta las cejas y frunce la boca de una manera cómica y significativa)* ¡me tiene que comprender! ¿Para qué, para quién voy a hacer ese esfuerzo?

CATERINA

No te pongás histérica porque te doy un cachetazo. *(Le planta sin contemplaciones el peinetón en la cabeza)* Un poco de polvo y colorete. ¡Vamos! *(CATERINA se sigue cubriendo de joyas falsas)* Lo peor es cuando pasan los años y uno conserva más vista de lo que debiera. A los que la pierden el espejo les devuelve por lo menos una imagen borrosa y benévola de sí mismos. Pero cuando uno conserva suficiente vista como pa ver que la cara, con los años, se le ha puesto igual al mapa de Sudamérica ¡ja, ja, ahí te quiero ver!

BRENDA

*(con una sonrisa triste)* Ya veo que usté intenta sacarme por tuitos los medios posibles de este mar de angustia en el que estoy metida. Esta noche, aquí, aquí, somos amigas; lo somos como nunca lo hemos sido; ahora, cuando yo necesito verdaderamente el apoyo de una mujer. Gracias, doña Catalina.

CATERINA

Decime una cosa. ¿Vos preferirías haberte quedado como estabas, no haber pasado nunca esa noche de amor con el francés? (*BRENDA vuelve a romper en un sollozo*) Contestame. El llanto no es respuesta.

BRENDA

¡Qué le vi' a contestar! ¡Yo pensaba que tenía una vida plena, con mis amaneceres y mis pájaros y mis salidas a caballo! ¡Qué inocencia!

CATERINA

Con eso le seguís sacando el bulto a la pregunta.

BRENDA

¿Pero es que no lo ve? ¿No lo siente? ¿Por qué tengo que decirlo con tuitas las letras? Lo quiero. Aunque se me parta el corazón y aunque nunca güelva a saber d'él, prefiero que haya pasado lo que pasó. Más vale haber vivido una noche que seguir siendo una sombra hasta el fin.

CATERINA

Así me gusta. Has hablado como un macho. Como lo que yo llamo un macho, que la mayor parte de las veces no es un hombre ¿sabés? (*BRENDA vuelve a reír en medio de sus lágrimas*) Y ahora voy a buscar a tu padre, que me dijo que antes de salir a recibir a los convidados quería ver lo güena moza que estabas.

BRENDA

¿Buena moza? ¿Yo? ¡Por Dios!

CATERINA

Sí. Vos misma. Cualquier mujer que acaba de conocer el amor es hermosa, tiene siempre un resplandor de hermosura.

BRENDA

(*mirándola a lo ojos*) Algo muy extraordinario le debe estar pasando, doña Catalina, pa que al mismo tiempo que me dice a mí una frase generosa piense en darle un gusto a mi tata.

CATERINA

En eso se me ve la hilacha de loca ¿no? Lo extraordinario que me pasa es que me voy, que me he ido ya, que esta noche estoy de güelta en Europa y voy a a un baile de gala en la Cá d'Oro. He vuelto a la vida ¿entendés? ¡al mundo de los vivos! ¡Y el primer espíritu que se me acerque va a ver el soplamos que se liga!

*CATERINA sale por derecha. BRENDA concluye su "toilette" y, mientras lo hace así, suenan dos golpes discretos en la puerta.*

BRENDA  
Adelante.

*Aparece ante ella, que lanza un grito de horror al verla, la imagen de la Muerte.*

NICETO  
(*que lleva ese disfraz*) ¿Tás loca? ¿No te das cuenta de que soy Niceto?

BRENDA  
¡Sacate esa careta horrible, por favor!

NICETO  
No conviene. Ya está aquí el sargento.

BRENDA  
¿Cómo lo sabés?

NICETO  
Ha venido disfrazado de oso, por eso mismo se ve a mil leguas que es él.

BRENDA  
(*pasando el cerrojo a la puerta*) ¡Sacate esa careta! Aquí no te va a ver nadie. (*NICETO la obedece*) ¿Y los Anza? ¿Los sorprendió el sargento a cara limpia?

NICETO  
No. Gumersinda nos avisó de su llegada riéndose a gritos tres veces seguidas, como habíamos arreglado.

BRENDA  
¡Pobre Gumersinda! ¡Con lo que le cuesta reírse! ¡Si hubiera sido Clara!

NICETO  
¡Tanto que soñaba la loca esa con el día'el baile, y ahí tenés! ¡Por dirse detrás de los milicos se lo ha perdido!

BRENDA  
Se la llevaron a la fuerza, ¡pobre!

NICETO

¿A la fuerza? ¡Vamos! ¡Bastaba que un hombre levantara un dedo pa que Clara, como un loro amaestrado, se fuera a parar encima! Después de todo, no le veo nada de particular. (*Mirándola fijo*) Las hembras son tuitas lo mesmo: tuitas como gallinas p'al amor.

BRENDA

(*sosteniéndole la mirada, pero vacilando al hablar*) Y entonces.. los... los Anza ¿se han podido reunir con el forastero antes que entrara el sargento?

NICETO

En cuanto dimos la voz, se metieron en tropel en el cuarto'el francés.

BRENDA

Gracias a Dios.

NICETO

¡Si serás hipócrita llamándolo “el forastero”!

BRENDA

(*confundida*) Tata... tata tuvo una idea formidable... pidiendo a los Anza que vinieran de mañanita... formidable.

NICETO

Más formidable entuavía haciendo que Enrique “el dandy”, que se parece tanto de figura al francés, se quedara escondido en su casa pa que el espía pudiera hacerse pasar por él. ¡Gracias a Dios que en casa de los Anza tuitos son enemigos del régimen! Con todo eso, es dudoso que *tu amigo* pueda salvar el pellejo.

BRENDA

¿Pero si se van tuitos antes de las doce, antes que llegue la hora'e sacarse la careta?

NICETO

Si se van ¿qué? ¿No puede agarrarlos cualquiera en el camino y desenmascararlos?

BRENDA

¡Serán cuatro hombres pa defenderse!

NICETO

Pero aunque se salve así, arrastrada, ya no volverás nunca a ver a tu macho. (*BRENDA le pega una bofetada*) ¡Pegame! Con eso no hacés otra cosa que reconocer lo pluma que sos. (*Jadeando de furia*) Ayer de mañana se les veía en los ojos a los dos, se les olía lo que pasó. Y no acercándose a vos estos dos días el cola'e paja ha confirmado lo que yo me sospechaba.

BRENDA

Suponiendo que así fuera... ¿quién sos vos pa pedirme cuentas?

NICETO

Tu hermano.

BRENDA

¡Ja, ja! ¿Dende cuándo? ¿Un hombre que desde chiquito niega a su padre y rechaza siempre tuitas las muestras de cariño que yo quiero darle? ¡Valiente hermano!

NICETO

Una cosa es el cariño y otra muy distinta el honor.

BRENDA

¿Y qué sabés vos de honor; vos, que estos últimos años, a fuerza de insultos y acusaciones, no has hecho otra cosa que empujar a tu viejo a la tumba?

NICETO

(*sarcástico*) Tuito lo que sé de honor me lo enseñó él, llamándome siempre “guacho” a voz en cuello.

BRENDA

No es por mantener en alto el honor de la familia que venís ahora a escupirme encima. ¡Sabe Dios qué motivos tendrás! Vale más no mirar nunca demasiado cerca en ese remolino negro de tu alma, Niceto.

*CATERINA golpea con los nudillos en la puerta. BRENDA le saca el pestillo y CATERINA entra empujando la silla de ruedas de Don PRUDENCIO, que está vestido de “frac”. Al ver a su padre BRENDA, aunque con esfuerzo visible, sonrío.*

BRENDA

¡Tata! ¡Qué elegante está!

PRUDENCIO

Y usté, m’hijita... usté parece una estampa’el Virreinato. Acérquese, buena moza, pa que pueda verla mejor. (*Mirándola fijo y empezando a lagrimear*) Igualita a mi mama cuando yo tenía cinco años y se puso ese vestido pa ir a un baile.

CATERINA

Por Dios, Prudencio, ¡esta es una noche alegre!

PRUDENCIO

Me impresionó ver así a Brenda, ¡qué querés! (*Mirando a NICETO*) En el fondo cada cual se disfraza de lo que es ¡y pa muestra basta un botón! (*NICETO le sostiene la mirada sin chistar*) Pero yo no necesito que me recordés de una manera tan marcada el fin que tengo tan cerca.

BRENDA

¡Tata! ¿Otra vez vuelve a pensar esos disparates?

PRUDENCIO

¡Disparates! Estoy consumido; me he quedado en los huesos. Preguntale a Caterina, que me ayudó a ponerme el levitón del “frac”.

CATERINA

No hay que dramatizar. El que hayás enflaquecido un poco no quiere decir que te vas a morir.

PRUDENCIO

No. Pero los sueños me lo anuncian. Hasta hace unos meses yo soñaba siempre que tomaba parte en una penca y la ganaba; que me saltaba a la garrocha tuitas las tapias y los paredones de las quintas de Montevideo; que nadaba siempre como una anguila...

NICETO

(*con asombro*) ¿Usté?

PRUDENCIO

Sí, yo. ¿Te asombra ver que tengo sentimientos humanos? ¿Qué te creés que es estar lisiado y clavado a una silla: una fiesta?

CATERINA

(*para disipar la amargura de estas palabras*) Por lo menos ahora saltás a la garrocha en tu sueños. Cuando yo te oía soñar en voz alta, los primeros meses después del accidente, tus actividades atléticas se reducían a entrar tuitas las noches a un dormitorio distinto a consolar a una viudita.

*BRENDA y NICETO ríen, y CATERINA les hace coro.*

PRUDENCIO

Aura, en cambio, sueño que soy un topo, que me meto en la tierra a invernar y que las hojas van cayendo despacito encima mío hasta que me cubren por completo.

*BRENDA rompe a llorar.*

CATERINA

¡Bueno, ya está bien! ¡Linda noche' e Carnaval vamos a pasar si sigue así la cosa! Yo tengo un público que atender, un público que me espera. Con permiso (*Hace como cantante una escala sensacionalmente limpia para su años, y luego muestra la espalda a BRENDA*) ¿Cómo sigue el broche?

BRENDA

*(secándose las lágrimas)* Firme en su puesto no más.

CATERINA

¡Ah, mozo!

*Sale por derecha. Hay una corta pausa. De repente se oye la risa de GUMERSINDA.*

NICETO

*(después de aguzar el oído)* No. Una carcajada sola no es aviso de nada. Habrá que estar en guardia y sin distraerse hasta que lleguen esos desgraciaos.

PRUDENCIO

*(A BRENDA)* Me pareció por un momento la risa de Clara. Es que la sigo oyendo el día entero ¿sabés?

BRENDA

Yo también. ¡Pobrecita! Ojalá que la aventura le haya hecho sentar un poco la cabeza.

PRUDENCIO

¡Sabe Dios qué le habrá pasao en manos de esos milicos!

*La risa inconfundible de CLARA empieza escucharse en eco y a aumentar a medida que se van apagando las luces en resistencia para dar lugar al*

INTERMEZZO V

VOZ ORDÓÑEZ

*(en la oscuridad)* ¿Te vas a callar? Esas no son cosquillas de reír, son cosquillas pa que te quejés de gusto, negra loca. ¿O no sabés entuavía lo que es hacer el amor?

VOZ CLARA

¡No me apriete así los brazos! ¡Me lastima!

VOZ ORDÓÑEZ

¡Tiquis-miquis! ¿Pa qué creés vos que te trajimos al cuartel, pa jugar al ta-te-tí?

CLARA

¡Suélteme, le digo!

ORDÓÑEZ

¡Ja, ja! ¡Tantos melindres ahora! En la estancia me mirabas de una forma que, güeno, no cabían dos interpretaciones. ¿O vos sos de las que hacen las cosas de ojito no más?

CLARA

Sargento, yo no sabré mucho de hombres, pero sé que si uno mira a alguien de una forma que, güeno, como usté dice, después tiene que responder.

ORDÓÑEZ

¿Ah, sí? ¡No me digás! ¿Me querés agarrar pa la farra? Como me miraste a mí has mirado por el camino a tuitos los que veníamos en el grupo. Y tuitos son hombres con sangre en las venas, ¿qué te creés? Pero hoy te vas a sacar el gusto de una güena vez. Semos ocho, entuavía no empieza a clarear, y antes que toquen la diana hay tiempo pa que pases un güen rato con los ocho, uno tras otro.

CLARA

No estoy pa esa bromas, sargento.

ORDÓÑEZ

¿Bromas?

*Se oyen carcajadas de hombres a la distancia.*

CLARA

¿Pero están oyendo ajuera? ¿Los otros están oyendo?

ORDÓÑEZ

Sí. ¿Querés que también nos miren?

*Las carcajadas redoblan.*

CLARA

¡Ud. se ha güelto loco! ¡Ud. y los otros! ¡He caído entre una manga'e locos y degenerados!

ORDÓÑEZ

*(con una risilla sardónica)* No, m'hijita. Hombres no más.

CLARA

¡Suélteme! ¡Suélteme o grito llamando al comandante!

ORDÓÑEZ

¡Llamalo! Está ajuera con los otros, esperando turno también. *(Ríe con una risa soez)*

CLARA

¡No! ¡Antes de que entre aquí uno solo de esos, me mato!

ORDÓÑEZ

¡No patiés así, hija'e una gran perra! *(Levantando la voz)* ¡Muchachos!

*Una puerta se abre. Se oyen botas y espuelas sobre el piso de madera.*

ORDÓÑEZ

A ver, necesito cuatro goluntarios que me la sujeten de los brazos y las piernas. La pardita ésta pretende ser virgen ¿qué me dicen? *(Carcajadas)* Si fuera verdá, podríamos prepararnos pa una escena muy interesante ¿no?

CLARA

¡Cobardes! ¡Déjenme! ¡DÉÉÉÉJENMEEEE! ¡Ay, madrecita de mi alma, venga a protegerme! *(Con voz delirante)* ¿Pero qué me va a proteger Ud. si está muerta?

UNA VOZ

Vamos, negra, dejate de esos cacareos. Te trajimos pa divertirnos un rato y pa que te divirtieras vos también.

CLARA

¡Señor, Señor, no caer aquí un rayo que nos fulmine a tuitos!

ORDÓÑEZ

¡La boca se te haga a un lado!

*Se oyen los pasos de otras botas y el chasquido de las espuelas.*

ARRAIZ

*(acercándose)* Andá, Ordóñez, salí de esa cama, no te hagás el vivo. Por orden jerárquico la primicia me corresponde a mí.

ORDÓÑEZ

Comandante, si me permite, yo creo que Ud. se abusa un poco del hecho de que esto pasa en el cuartel.

ARRAIZ

*(con una risita obscena)* No es abuso, sargento, es uso. Y vos, negra, no grités tanto. ¿A qué viene ese susto? Cerrando los ojos, un hombre da igual que otro. Al principio se sufre, ¡pero vas a ver como enseñuida le tomás el gusto a la cosa!

CLARA

¡Canallas! ¡Déjenme! ¿Es posible que entre los ocho no haya un solo hombre decente? *(Risas)* ¡Ah, pero tuitos van a pagar muy caro esto que están haciendo! ¡ASESINOS!

ARRAIZ

Casarotti, traé éter del botiquín. Si la parda sigue armando escándalo, se va a despertar la soldadesca. ¡Y entonces no seremos ocho en fila, sino treinta! *(Risas)* Pero vamos a ver, muchacha, ¿qué sacás con ponerte así? Tarde o temprano, tuitos tenemos que conocer lo que es la vida ¿no?

CLARA

¡No! ¡Salga de aquí! ¡¡¡No!!! ¡Suéltenme, asesinos! ¡Socorro! *(Luego, con la boca tapada, se oye por última vez su grito de:)* ¡Socorro!

*Nuevas risas de los hombres, que se desvanecen para dar lugar, al encenderse nuevamente las luces, al*

## CUADRO VII

*Patio posterior de la casa, al que se ha movido ahora la jaula de los pájaros de BRENDA.*

*Mezclada con las risas de los hombres del cuartel, que todavía se sigue sintiendo en un eco cada vez más débil, volvemos a oír ahora la de GUMERSINDA, que irrumpe corriendo por izquierda unos segundos después, seguida de PANCHO, con un traje de Pierrot hecho por él mismo. Ambos vienen armados para jugar con agua.*

GUMERSINDA

¡Pancho! ¡Mojame la “tualeté” y no te hablo en seis meses!

PANCHO

*(mientras ella se le esquivaba)* Dentro’e seis días se acabó la conversación entre nosotros.

GUMERSINDA

*(con una risa hueca)* ¿Por qué? ¿Pensás suicidarte?

PANCHO

No. Porque me voy pa siempre de la estancia.

GUMERSINADA

¿Te vas? ¿Aura que te ha surgido la labia te vas? ¡Aquí, cuando empiezan los desastres, no acaban nunca!

PANCHO

*(volcándole encima el contenido de media jarra)* ¡Es lo que digo yo!

*Risas dentro.*

GUMERSINDA

¡Ahijuna! ¡Ahora vas a ver cómo te quedan esos botones de papel colorao cuando destiñan! ¡Adiós elegancia, compadre! *(Pero PANCHO sale corriendo de escena y ella, que corre detrás de él, tira entre bastidores el contenido de su jarra)* ¡Tomá!

*Nuevas risas.*

VOZ PANCHO

*(fuera)* ¡Seis meses trabajando en esta obra maestra, y mire en lo que ha quedao! *(Redoblan las risas)* Venía p'acá, Gumersinda, vení. ¡Vení que te llevo a juntar hojas de parra! ¡Aura no nos queda otro remedio que disfrazarnos de Adán y Eva!

*En medio de las carcajadas que esta salida despierta GUMERSINDA entra corriendo por izquierda mientras ORDÓÑEZ, disfrazado de oso de arpillera, hace lo propio por derecha.*

VOZ PANCHO

*(fuera)* ¡Ahí va el resto!

*Unas gotas del chorro de agua que arroja salpican a GUMERSINDA. No se sabe dónde, dentro de su disfraz, encuentra ORDÓÑEZ un trabuco con el que pega un tiro al aire.*

ORDÓÑEZ

¡Al primero que me eche una gota de agua lo dejo seco de un tiro!

VOZ PANCHO

Se ve que no es un oso polar ¿eh?

*GUMERSINDA, seguida por ORDÓÑEZ, hace mutis izquierda entre un coro de risas. La escena queda sola un segundo y luego entra LOUIS, de frac, con una careta horrorosa, seguido casi inmediatamente después por NICETO, siempre con su disfraz de muerte.*

NICETO

¡Don Enrique! *(Pausa)* ¡Don Enrique Anza! ¿Tan distraído está que se le ha olvidado su nombre?

*Con aire de no haber oído, LOUIS sale fuera de la “veranda”.*

NICETO

¡Don Enrique! *(Acercándosele)* A los bailes de máscara no se viene a estar solo. ¡Creo yo

LOUIS

Ni tampoco a revelar la identidad de uno antes de medianoche. *(Mirando a derecha e izquierda)* ¿Por qué me ha seguido?

NICETO

Pa darle un consejo. Derecho de amigo, sabe.

LOUIS

*(irónicamente)* Lo amigo que es se le nota enseguida en la voz.

NICETO

*(devolviéndole la ironía)* Oído fino que Ud. tiene. Si no me equivoco, esta es la primera vez que nos honra con su visita. ¡La primera, y espero que también la última! *(LOUIS ríe)* Y tenga cuidado con lo que responde, don Enrique. La noche tiene mil oídos abiertos, capaz que no tan finos como el suyo, pero así y todo aptos pa sacar conclusiones.

LOUIS

¿Qué consejo es ese que quiere darme? Acabemos.

NICETO

Que no ponga más los pies aquí. Pasará mucho tiempo antes de qu'el viejo deje los sueños de mejora que Ud. le despertó; antes de que la gringa se dé cuenta de que ya no podrá salir nunca de este “aujero”, como ella lo llama, y de que su conquista

de una noche se convenza de que ya no tendrá un hombre con el que recibir la madrugada en su cama.

LOUIS

O antes de que Ud. deje de pensar en mí con el mismo odio que guarda para su padre.

NICETO

El odio es tan güena razón pa vivir como cualquier otra. ¿Y no es eso lo que Ud. predica: que hay que vivir, vivir? Güeno. Cada cual vive como puede.

LOUIS

Pero el odio no nace porque sí; siempre hay una razón recóndita para que la gente odie. ¿Qué le he hecho yo?

NICETO

¿Usté? Usté lo ha trastornao tuito en esta casa. No se puede decir que antes reventáramos de felicidad, pero por lo menos estábamos resignaos al negro aburrimiento, al mal talante, a la soledad de cuatro en compañía que era nuestra suerte.

LOUIS

¿Me culpa Ud. de la pérdida de todos esos bienes?

NICETO

Nada de ironías, don *Enrique*. La ironía le queda mal. Tuitos hemos cambiao dende que Ud. vino; tuito se ha desfondao. ¡Maldito sea el momento en que rumbió Ud. pa esta casa!

LOUIS

Todos habrían cambiado igual, tarde o temprano. Esa idea fatalista que Ud. tiene no es más que una muestra de ignorancia.

NICETO

Y Ud. con tuita su sabihondez, ¿qué hace aquí, en este rincón perdido del mundo? ¿qué felicidad ha conquistado?

LOUIS

Un momento.

*Sale corriendo hacia los árboles de la derecha, seguido por NICETO. Al desaparecer ellos por el fondo asoman por delante de los árboles las figuras de ARRAIZ y de un SOLDADO, que dan vuelta al tronco de*

*cada árbol, como en un “ballet” cómico, a medida que LOUIS y NICETO reaparecen y avanzan a primer plano.*

LOUIS

Habría jurado que vi sombras detrás de estos árboles

NICETO

¿Sombras o visiones? ¿No estará como doña Cata?

LOUIS

*(despectivamente)* Hum. Unas palabras más: si quiere que el recuerdo de mi paso por esta casa muera pronto, arránquese del pecho esa rabia ciega que le da verme, Niceto.

NICETO

¡Nada de nombres!

LOUIS

El odio nos mantiene en vilo, vivos, lo mismo que el amor. Es el amor, con el traje puesto del revés.

NICETO

¡Cállese! ¡Cállese!

LOUIS

Pero no me interesa estar vivo en esa forma. Ni tampoco me interesa la lisonja que hay en su odio. Cuando Ud. me habla me hace sentir envidiable y envidiado; seguro de mí mismo; embajador de todas las Europas; cosas que nunca he sentido ni tengo por qué sentir. Pero todo eso es negativo. Me voy, sin lamentarlo. Desde el primer momento vi que tenía que ser así.

*CATERINA aparece en foro derecha, por una puerta que da a la “veranda”.*

NICETO

¡Tanta palabra al cuete! Si eso es Europa, prefiero vivir entre salvajes. Aquí muchos de los que deshonran a una mujer se casan después con ella ¿sabe? Aunque sea una solterona flaca y ya pasada. Eso es lo que me parece pior; que hable como si fuera un patriarca, que haga como qu’está con al cáido, con el paria, y luego que se porte como los demás, como lo ha hecho siempre mi viejo. ¡Tuito mentira, palabras escritas en el agua! ¡Qué asco de humanidad!

LOUIS

(*con una risa altanera*) ¡Tierra extraña ésta! ¡Aquí hasta el que nos odia nos idealiza!

VOZ GUMERSINDA

(*fuera*) ¡El organille-e-e-e-ro! ¡Ahí está el organillero!

*También fuera de la escena, saluda este anuncio alborozado un coro de aplausos y exclamaciones.*

NICETO

(*saliendo por la puerta de foro derecha, con un grito que es casi un sollozo*) ¡Espero no encontrarme con Ud. nunca más, nunca, ni en este mundo ni en el otro!

*Al darse vuelta para verlo irse, LOUIS se apercibe de la presencia de CATERINA.*

LOUIS

(*bajando la mirada como un niño culpable*) ¿Y si uno no quiere mentir?

CATERINA

¡Esto es lo único que faltaba: que encima'e tuitos los defectos que tienen, los hombres nos salgan sinceros!

LOUIS

O si no ve claro dentro de su corazón... La mujer sabe enseguida cuánto y cómo quiere; el hombre tiene siempre que pensarlo.

CATERINA

Eso está mejor. Ahí ha sintetizado Ud. el prólogo de la mayor entre tuitas las desgracias humanas: la batalla de los sexos.

*BRENDA ha aparecido por izquierda. LOUIS está de espaldas a ella, pero CATERINA la ve en cuanto aparece.*

LOUIS

Pero esas pocas horas de amor fueron horas felices. Las únicas tres horas seguidas que he vivido sin sentir la necesidad de esto. (*Levanta la botella*) En brazos de Brenda he encontrado la primera de las verdades que busco.

CATERINA

¿Y es...?

LOUIS

Que cuanto menos nos ocultamos de los demás, cuanto más desnudos quedamos – como los niños o los santos – más cerca estamos del Universo entero, o si Ud. quiere, de Dios. Ella ha sido para mí el perfume de este campo, su entraña acogedora y triste, pero...

CATERINA

Antes del “pero”, ¿querría repetir más fuerte eso que acaba de decir?

BRENDA

No es necesario, doña Catalina. Ya lo he oído. (*LOUIS se vuelve a ella y se le une sonriendo*) Y ahora el pero.

LOUIS

Pero... ese es un primer paso nada más. Tengo que seguir mi camino en busca de las otras verdades.

BRENDA

¡Ah, los hombres! ¡Tanta gana de mando que tienen en esta tierra y tan mal que entienden lo que pasa en ella!

LOUIS

Mientras tanto ¿le puedo pedir el primer baile? ¿Y el segundo y el tercero?

BRENDA

Con suma goluntá. Mírenlo al pico de oro... casi me ha matao dos días con su silencio.

*LOUIS deja la botella en el suelo, apoyada contra la “veranda”.  
Luego ofrece su brazo a BRENDA, que lo acepta jubilosa.*

LOUIS

(*en mutis por izquierda*) ¿Sabe una cosa, Brenda? Nunca he tenido una compañera de baile más elegante... (*con esfuerzo, tragando saliva*) ni más bonita que Ud.

*Se cubre de nuevo la cara con la careta y salen. Entre gritos de “bravo” y aplausos, el organillero ambulante inicia su programa con una polka.*

CATERINA

(*para sí*) Ahí está. Ya empieza el baile. (*Apretándose las manos contra las sienes*) Caterina, *carissima mia*, ¡calma ahora por Dios, calma! Como te siga esta excitación nerviosa vas a dar por tierra de un síncope. ¡Pero que calma ni calma en una noche

de baile! Un baile, Dios míos, un baile ¡después de 20 años! Entrecerrando los ojos se diría que estamos en una quinta'e Nápoles, entre gente que se divierte imitando un poco al populacho de Piedigrotta. ¡El primer momento alegre dende que pisé esta tierra, *mamma mia!* (Pausa) Pero calmate, Caterina. El organito asmático ese, ¿cómo vas a hacer pa imaginarte que es una orquesta? Si no juera por él, podrías creerte en cualquier parte, en cualquier parte, ¡hasta en un “garden-party” en Buckingham Palace! (Pausa) Pero tampoco vas a dejar que el organito te estropee la noche. ¡Vamos, *figlia mia!* No hay nadie en el baile que no lleve una máscara. No se les puede ver el rostro cuarteado por el sol y el viento, ni los ojos semicerrados de concupiscencia, de desconfianza. Bien que se cayeron dos o tres de espaldas al verte con las prendas de “la” Fogliani, ¿eh? ¿Y no te dio alegría? Lo malo es que el pulso se te pone tan loco. (*De repente da un paso hacia atrás, como si le hubieran tirado de la falda*) ¿Vos? *Corpo di Bacco!* ¡La bolilla que faltaba! Tenía miedo que de un momento a otro pasara algo así. (*Mirando a un personaje invisible*) ¡Genaro! ¡No, no te voy a mirar! (*Aparta la vista*) ¡No quiero mirarte! (Pausa) ¿Quéee...? (Pausa) Esa es una treta miserable. ¿Cómo no caí yo antes en que a los 45, con tu pelo gris, eras casi idéntico al... (*mira en torno suyo*) al dandy de Enrique Anza? (*Cierra los ojos y vuelve a abrirlos tras otra breve pausa*) ¡Jesús! ¿Pero qué es esto? ¿Ud. también aquí? De allá arriba nunca recibo dos visitas juntas. ¡Entre fantasmas debía haber un poco más de respeto por la etiqueta! (Pausa) No, no me vi'a golver loca, pierda cuidado. Hago mis excursiones por el mundo'e la fantasía, aquí y allá, pero una pata se queda siempre atada a la tierra. (Pausa. *La polka termina entre aplausos. Se oyen gritos de “¡La varsoviana! ¡La varsoviana!” y tras pocos segundos, se empieza a escuchar ésta*) ¡No hay nada que hacer! ¡Pierden el tiempo los dos: esta no es noche pa que yo me dedique ni a uno ni a otro! ¡Me voy a divertir aunque se hunda la casa y se me caiga el techo encima! ¡Mirá, Genaro, que buen mozo como estás y todo, te piso un pie! ¿eh? ¿Acaso una pobre mujer envejecida y tirada – una mujer que jué una gloria'el mundo – no tiene derecho a un momento de alegría? (Pausa) ¡Sí, él ya sabe que no debe hacer un movimiento brusco, ya se lo he dicho! ¡Déjenme en paz, por favor, DÉJENME EN PAZ!

*Un grito de terror que viene de la derecha domina la música.  
CATERINA mira en esa dirección y se lleva las manos a la boca con  
expresión de estupor.*

CATERINA

¡Voy! (*Levantando la voz*) ¡Ya voy! (*Para sí*) ¡Algo me decía que me iba a tener que perder la varsoviana! ¡Ay! Siempre que me toca correr, me viene encima el madito reuma. ¡Cosa tuya, Genaro, estoy segura! ¡Ya me las pagarás luego!

*Mientras CATERINA sale trabajosamente por derecha, se oye fuera una*

VOZ

¡A ver, los bailarines, alarguen la fila!

*E irrumpen en escena por izquierda cuatro parejas de varsoviana: una compuesta por PANCHITO y GUMERSINDA, que ha cambiado su blusa verde por una camisola blanca; otra por BRENDA y LOUIS; la tercera por ORDÓÑEZ y una compañera de dominó rojo, y la cuarta por una JAPONESA y un PESCADOR NAPOLITANO llenos de brío y elasticidad.*

*A medida que CATERINA se mueve, ARRAIZ y el SOLDADO giran alrededor de los dos árboles para ocultarse de su mirada. Finalmente CATERINA entra en escena por derecha arrastrando a CLARA, que se ha prendido de su cuello con ambos brazos y está lívida, con los labios violeta.*

CATERINA

*(deshaciendo el abrazo y depositando a CLARA contra un árbol) No te puedo seguir cargando más.*

CLARA

Póngame en el suelo, doña Cata. Con cuidado, por favor. Estoy toda rota por dentro.

CATERINA

*(empujándola suavemente hacia abajo) ¡También, esos bestias, atarte al caballo pa mandarte de vuelta aquí!*

CLARA

No son bestias.

CATERINA

¡Ah, no! ¡Son angelitos caídos del cielo!

*CLARA le hace señas de que se agache y murmura algo en el oído de CATERINA, que inmediatamente se yergue y mira en torno suyo.*

CATERINA

¿Cómo? ¡No es posible!

*Dando dos pasos hacia la derecha, dos hacia la izquierda y uno hacia delante, CATERINA hace un juego de escondidas con los dos militares, que dan por su parte otros tantos pasos estratégicos, sin*

*llegar a ser vistos por ella. Termina la varsoviana. Mutis de los bailarines.*

CATERINA

Debés haber visto visiones, muchacha.

CLARA

*(que tiene los ojos cerrados y respira con dificultad)* ¡Puede ser! ¡Tuito es tan negro y horrible! Hace 48 horas el mundo me parecía un paraíso; y si fuera la misma de entonces me habría muerto de felicidad estando en este baile.

CATERINA

¡Bah! Lo que descanses un poco y te tomes unos tragos de giñebra vas a ver cómo rayás las baldosas bailando alguna polkita.

CLARA

Doña Catalina. *(Con la voz baja)* ¿No le digo qu'estoy rota por dentro?

CATERINA

Te lo parece. Galopar atada a un caballo es un ejercicio fuerte pa'l que no está baqueano; pero yo creo que estás rota más bien por juera.

CLARA

No me haga hablar mucho, que no puedo. No es por el caballo. Es que abusaron de mí los soldados del cuartel ¿sabe?

CATERINA

*(mirándola con horror)* ¿Cuántos?

CLARA

Y... tuitos los que vinieron aquí.

CATERINA

¿¿Los ocho??

CLARA

Uno tras otro. Que Dios los perdone.

CATERINA

¿Que los perdone, decís? ¡Que los perdone haciéndolos cornudos! ¡Que sus mujeres se acuesten con tuito el regimiento, y no sólo sus mujeres sino sus queridas – cuando las tengan! ¡Y también sus hijas – cuando les llegue la edad! ¡Ah,

hijos de puta! ¡Así es el animal que se llama hombre cuando uno lo encuentra en estado natural! ¡Hijos de puta!

CLARA

Por favor no se ponga así. Me hace mal oírlo. No sabían lo que hacían.

CATERINA

¿Y cómo querés que me ponga ante semejante hazaña colectiva? Esperate un momento (*Va hacia el rincón en que LOUIS ha dejado la botella, pero como se toma su tiempo, sigue hablando en el camino de ida y vuelta*) ¡A, los hombres, los hombres! ¡Reyes de la creación, se dicen ellos mismos! Sabios, adelantados, aventureros, galanes, atletas, fanáticos, usureros, filósofos... De todo ese fárrago, sólo uno en un millón no es un pobre sapo hinchado de su propia importancia. ¡Machos! ¡Vaya unos machos! ¡Muy valientes pa ejercitar un poco el brazo achurando a alguien en un duelo, pero cuando se trata de estrenar a una mulata tiernita se tienen que juntar de a ocho pa darse ánimos!

*El cielito que sucediera a la varsovia termina entre aplausos, que se escuchan a la distancia.*

CATERINA

¡Hombres, hombres! ¡Tanto protocolo y tanto pavoneo y tanta chorrera de encaje en la camisa porque hace unos pocos miles de años empezaron a andar sobre sus patas traseras! ¡Ah, *Cristo benedetto!* Con reuma y todo, si pudiera echarle la mano encima a alguno'e esos asesinos ¡lo dejaba igual que al abogao'e Buenos Aires!

CLARA

¡Doña Cata, venga! ¡Venga que me siento morir!

CATERINA

(*en el centro de la escena, volviéndose a ella*) No digás sonseras. Ninguna mujer se muere porque le hagan el amor ocho individuos, por más virgen que aspire a haber sido.

*Da unos pasos hacia la izquierda y recoge la botella que LOUIS ha dejado en el suelo. Luego habla para sí:*

CATERINA

Algo hay que decirle p'hacerla reaccionar. Pero a la edá de esta pobre yo me habría muerto no más.

*El organito toca ahora una polka. Las risas de fondo se hacen más desgarradas y vivas. CATERINA empina la botella y toma un trago de caña. La violencia de la sensación la tira para atrás.*

CATERINA

¡A la puta! Esto sí que es juerte. ¡Puah! A esos cobardes hay que reconocerles por lo menos el coraje de beber este alcohol de quemar como si tal cosa. Es asqueroso, ¡asqueroso! (*Bebe un trago mucho más grande*) ¡Puah! Asqueroso. (*Encaminándose al árbol donde se apoya CLARA*) Tomá. Si esto no te reanima, tendrá que caer un rayo cerca.

*Con mano vacilante, CLARA empina la botella y toma un buche de caña.*

CLARA

¡Doña Cata! Esto es un veneno ¿no!

CATERINA

Algo así.

CLARA

P'hacerme la muerte más rápida. Gracias; es lo que quería. Después de lo que me pasó ¿cómo se puede golver a tomarle gusto a la vida? Pero lléveme a morir a una cama, por favor. No puedo estar más así ¡no puedo!

CATERINA

Sola no puedo llevarte, Clara. Esperá que vi'a traer ayuda.

*CLARA se entrega sordamente a un llanto histérico. CATERINA cruza la escena con paso decidido. En el patio la polka termina entre aplausos, y a la distancia se oye el grito, dedicado esta vez a los guitarreros, de "¡Un pericón!" "¡Un pericón!" CATERINA se detiene de repente y mira a su derecha y a su izquierda.*

CATERINA

Vamos a ver, Genaro. Los dos me están siguiendo por algo. Hablá. (*Pausa*) ¿Cómo? (*Otra pausa*) ¡Ah, no, eso sí que no! ¡De qué les sirve ser espíritus si no pueden postergar un poco el desastre! ¡Una sola noche de Carnaval, una sola, en veinte años de pena y de penumbra! ¡Yo no me pierdo eso pase lo que pase!

*CATERINA hace mutis por foro izquierda. A la distancia se oyen las voces de PANCHO y GUMERSINDA, la primera pareja que dice las relaciones del pericón.*

VOZ PANCHO

"Una, dos, tres,

dejemos para otra vez” .

VOZ GUMERSINDA

*(con cómica expresividad)*

“Una, dos, tres, cuatro  
¡si no me querés te mato!”

*Risas y aplausos mezclados con los hondos ayes de CLARA.*

VOZ ORDÓÑEZ

¡Segunda!

*Y el pericón continúa mientras BRENDA y LOUIS entran corriendo por izquierda y se encaminan directamente al árbol contra el que descansa CLARA, que les hace, índice en boca, señal de que no hablen. LOUIS la carga en sus brazos y la trae hacia la entrada de la “veranda” al tiempo que NICETO entra por izquierda.*

CLARA

*(persignándose al verlo)* ¡Ay, no, Padre misericordioso, no! ¡No me mandes la muerte tan pronto, te lo ruego! ¡Yo hablaba de morir por hablar no más!

BRENDA

*(al tiempo que LOUIS entra a CLARA en brazos a la casa por foro derecha)* Pero infeliz de Dios ¿no ves que es el joven Niceto?

ARRAIZ

*(saliendo de su escondite con el SOLDADO)* ¡Caiste, matrero! Ese nombre lo queríamos escuchar clarito, clarito, pa que no hubiera lugar a dudas.

BRENDA

*(A NICETO)* Por Dios y la Santísima Virgen, no te movás.

*El OSO – o, en otras palabras, el Sargento ORDÓÑEZ – aparece en foro detrás de los tamarises que crecen junto a la “veranda” en esta parte de la casa.*

ARRAIZ

Es una lástima estropear así una fiesta tan lucida, pero cuando salga de la casa don Enrique Anza – por otros nombre Louis Tredjeu, el pájaro que buscamos – tendremos en nuestras manos dos presas. Si los dos son razonables y marchan quietos, no le pasará nada a nadie.

BRENDA

Lo serán, lo serán. Le juro que el baile seguirá su curso como si nada hubiera ocurrido.

LOUIS

*(sale por foro derecha, quitándose la careta)* ¿Y qué importa el baile? ¿A quién le importa? ¿O porque Clara es una sirvienta da lo mismo que la violen brutalmente estas bestias?

BRENDA

¡No es por Clara que lo digo! ¿No nos conoce? ¡Le pido por lo que más quiera que no se resista! ¡Yo no quiero que corra sangre en esta casa!

LOUIS

¡Para no resistirse la sangre se le tendría que haber quedado ya quieta a uno en las venas! En la cara de esa muchacha he visto claro lo que significa la tiranía, el abuso y la insolencia soez de los tiranos. ¡Abajo Latorre!

ARRAIZ

Mire, gringo traidor, que un solo movimiento brusco – hasta el que haga con la lengua pa decir “tiranía” – puede costarle la vida. Ya lo sabe.

*NICETO saca una pistola de su capa y dispara contra ARRAIZ que, estando en guardia como está, esquivo el disparo y le responde con otro. NICETO se refugia en la casa, a la que se acercan los dos militares. LOUIS recula hacia el fondo. Un tiro del SOLDADO le hace dar de repente hacia atrás y ensartarse él mismo en los riñones el cuchillo que ORDÓÑEZ ha tenido apuntando hacia él. CATERINA sale por izquierda seguida de CUCHO, TATO, GUMERSINDA, PANCHO y la pareja de BAILARINES DE VARSOVIANA. BRENDA ha contemplado inmóvil todo ese movimiento mudo con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no creyera en lo que ve.*

CATERINA

*(persignándose)* Gumersinda, corré al patio. Por el amor de Dios no dejés que traigan aquí a Don Prudencio. Engañalo, decile que no ha pasao nada grave, negáselo.

*GUMERSINDA sale corriendo.*

ARRAIZ

(mientras LOUIS da dos o tres pasos tambaleantes hacia el centro de la escena, a NICETO, que se halla fuera de ésta) ¡Salí de ahí, maula! ¿No te basta con que haya un muerto?

NICETO

(sale corriendo) ¿Un muerto? ¿Qué muerto? ¡No habrán sido capaces! ¡No!...

ARRAIZ

Soltá el trabuco si querés arrimarte a ver.

*NICETO tira su pistola a los pies de ARRAIZ.*

BRENDA

(en voz baja) ¡Señor, ahora que sé que me quiere, no dejes que lo pierda! ¡Es lo único que he tenido en la vida, lo único, Señor!

*LOUIS se desploma en el suelo. Después de un breve estertor, abre la boca y mueve los ojos hacia arriba, las pupilas ya inmóviles en el "rigor mortis".*

NICETO

(de rodillas junto a él y, tomándolo de las solapas, le levanta la cabeza) ¡Francés! ¡Francés! ¡Escúcheme!

ARRAIZ

(da un puntapié en el muslo al cadáver) ¿Pero qué te va a escuchar? ¿Tás loco? ¿No ves que ya estiró la pata?

NICETO

(con una mirada de loco) ¡No es posible que se muera así! ¡No es posible! (Gritando) ¡FRANCÉS! ¡Güelva, güelva a este mundo! ¡UD. TIENE QUE ESCUCHARME!

*NICETO lo sacude con fuerza. De repente los ojos de LOUIS se mueven y se fijan en él con expresión de terror.*

CATERINA

(A BRENDA) ¡Animas del Purgatorio! (Persignándose) ¡Le ha hecho golver el alma al cuerpo no más!

BRENDA

(con los ojos cerrados y para sí) Entonces vive, Dios mío ¡gracias!

NICETO

Francés, lo quiero ¿oye?, ¡lo quiero! Lo quise desde el primer momento. Pero mi corazón revuelto no supo nunca lo que era querer. Nunca había encontrao en mi vida nadie como Ud. Perdóneme por tuito lo que le hice ¡perdóneme!

*La expresión de terror de LOUIS cede paso a una de serenidad, y la serenidad a una levísima sonrisa. Con esta sonrisa colgada de sus labios el forastero “vuelve a morir” mientras NICETO le da un beso en la frente.*

ARRAIZ

(A NICETO) Parate y seguinos. ¡En el cuartel te vamos a dar resucitar muertos y pruebitas de esas!

*Mientras ORDÓÑEZ viene del fondo y se une a sus compañeros, ARRAIZ toma a NICETO de un brazo y lo levanta. NICETO, haciendo un tremendo esfuerzo para contener sus sollozos, grita a CATERINA mientras se lo llevan fuera:*

NICETO

¡Doña Cata! ¡Dígale al viejo que me espere, que golveré! ¡El francés tenía razón! ¡Hay que cercar los campos, hay que hacer mejoras, hay que moverse en este mundo si no quiere uno que lo cubran los yuyos! (*Mutis de los tres militares con NICETO, cuya voz se sigue escuchando fuera*) ¡Aguantaré tuito lo que me hagan, tuito, y golveré! ¡Y cuando guelva, va a ver cómo entra pa siempre la vida en esta casa!

CATERINA

(*más para sí que para BRENDA*) ¡Infeliz! Si tu pobre viejo vive unos días más, será un milagro. Aura sé que me quedará enterrada aquí pa siempre. ¡Qué vida me vas a poder traer vos! (*Mira a BRENDA*) No estés así. ¿No me has oído? Me quedará aquí, a hacer frente a lo que venga, aquí con voz. ¡Decí algo, por Dios, hablá!

BRENDA

(*que está inmóvil y exangüe*) Yo no sé lo que se hace cuando se le cae a uno el cielo encima. Nada. Yo no quiero hacer nada. No quiero verlo muerto, quiero no más recordar cada palabra, cada suspiro, cada risa suyos. Me voy a encerrar en mi cuarto a escribirlos antes de que la memoria los altere. Es lo único que quiero saber. ¡Qué me importa ya lo que puedan decir los otros!

CATERINA

¡Pero esa tranquilidad tuya es lo que me da miedo! Por favor, Brenda. No quiero que te encierres. Si lo hacés, te juro que hago saltar la puerta. Tenemos que arremangarnos las dos juntas y hacerle frente al destino ¿me has oído? (*Ante el silencio de BRENDA*) Te lo tengo dicho dende el primer día: ¡siempre se paga un

precio terrible por el lujo de querer! (*BRENDA se cubre la cara con las manos. CATERINA se vuelve hacia PANCHO y el BAILARÍN DE VARSOVIANA*) Lleven al finado a su cuarto, que ya iré con las mujeres a arreglarlo. (*Siempre mirando hacia la izquierda, levanta la voz*) Señores: la policía ha matao a un hombre. Vino a trastornarlo tuito en esta casa; las estrellas lo habían elegido pa esa misión; pero era nuestro huésped y acabó por hacerse nuestro amigo. Los que se queden al velorio son bienvenidos. Caña y giñebra, mate amargo, pasteles, nada de eso falta. Mientras los guitarreros toquen cosas tristes, también podrá haber un poco'e música. Mal no lo va a pasar nadie, pues. (*Al salir por izquierda*) Pero el baile se ha acabao. Les agradeceré que como muestra'e respeto se saquen tuitos la careta.

*Como movida por una intuición, CATERINA se vuelve de pronto y ve que, en un movimiento impulsivo, BRENDA ha descubierto la jaula de los pájaros arrancando de ella la tela que la cubre y que ahora, luego de abrir la puerta, golpea una mano contra ella. Los pájaros salen torpemente, revolotean un momento por encima del cadáver de LOUIS, que los dos hombres han levantado, y luego remontan vuelo. Y BRENDA se precipita dentro de la casa mientras cae lentamente el telón lanzando, por fin, dos alaridos de bestia herida y ciega de dolor.*

FIN